

REVISTA ARIEL

Director: MEDARDO MEJIA — 3ra. Calle No. 1024 — Apartado 61, Tel. 2-0271 — Imprenta "La Democracia"

TERCERA ETAPA -- AÑO XIII

TEGUCIGALPA, D. C., FEBRERO DE 1972

Nº 342

Editoriales

La Masacre de La Talanquera

"En este momento se demostraba un hecho: que el derecho a la propiedad privada es más importante que el derecho a la vida".

Diácono LUIS HENAS

Si no es Monseñor Nicolás D'Antonio, Obispo de Juticalpa, departamento de Olancho, que autoriza y respalda al Diácono Luis Henas para que escriba y publique una declaración que contenga los orígenes, ejecución y finales de la masacre campesina en La Talanquera, el hecho horrendo del 18 de febrero habría quedado en el silencio o a merced de las deformaciones que le quisieran dar los terratenientes olanchanos y las autoridades departamentales.

Pero la denuncia fue hecha por los distinguidos sacerdotes de aquella región en un documento palpitante en el momento, que señala a los ejecutores locales de la masacre, y que pasará a la historia como un testimonio más del destino trágico de los pobladores humildes de aquel departamento, siempre ensangrentado y enlutado por los gobiernos despóticos del pasado y del presente siglo.

El diario "El Cronista" ha prestado un valioso servicio público al insertar en sus páginas del 25 de este mes la declaración del Padre Henas. Con esa inserción el pueblo hondureño sabrá a qué atenerse en relación con los "santitos" que lo

gobiernan, que no en vano (los que saben leer) viven apegados a la memoria de José María Medina, promotor de La Ahorcancina de 1865.

¡Qué bárbaros! En pleno día a vista del público juticalpense condujeron en un camión a los masacradores; rodearon a los campesinos de La Talanquera; les quitaron los machetes con que trabajaban, y después les hicieron fuego en descarga cerrada. Cayeron seis labradores y con un sargento más cayeron siete. El sargento era labrador y aquí se ve cómo la clase opresora destruye a la clase oprimida al hacer chocar a los campesinos armados con los desarmados y matarlos por igual.

Este gobierno se dice de leyes, y no las cumple. Solo es gritillos y discursitos que se lleva el viento. Apegado al Código Civil de 1906, que garantiza la mal adquirida propiedad privada de los funcionarios y no funcionarios ladrones del pasado y el presente siglo, no da otro Código Civil más a tono con el tiempo; no escarba el origen de la propiedad particular, porque "la ley no tiene efecto retroactivo, salvo en materia penal", ni da pasos encaminados a cumplir y hacer cumplir la

blanduja Ley de Reforma Agraria que en algo, siquiera en algo ayudaría a los campesinos sin tierra.

La población campesina crece enormemente en Honduras. Los caseríos se convierten en aldeas. Las aldeas en pueblos. Los pueblos en villas, y las villas en ciudades. Por tanto, la desbordante población campesina necesita tierras y más tierras para cultivar y vivir. Y para comprar, pues con el excedente de lo producido alentaría al comercio y la industria. Así se explican las invasiones que tienen base local y no son antojadizas. Pero el remedio de los representantes históricos es masacrarlos como en La Talanquera. Así reducen la población campesina allí y donde sea.

En cambio los macanudos son incapaces de impedir la geografía de los terratenientes y los concesionarios de tierras mal habidas. A propósito, habíamos llegado a La Concepción, aldea cercana a Juticalpa, y conversábamos con un vecino sobre el aumento de los edificios, cuando pasaron cuarenta mulas cargadas de alambre espiado. Le preguntamos al vecino de quién era aquel alam-

bre. Nos contestó que de don fulano de tal (un personaje del lugar) que estaba cercanitos unos terrenos de aquel lado del Guayape. Le volvimos a preguntar que si había comprado los terrenos. Nos replicó que según rumores de la aldea no los había comprado a nadie y eran del Estado.

Pues bien, suponiendo que mañana los labradores de La Conce, como también se le llama a la aldea, por crecimiento de población necesitaran aquellas tierras del Estado para sus cultivos, el personaje del cuento acudiría a la fuerza pública para repetir la masacre de La Talanquera. Y para que el mismo o un nuevo diácono Luis Henas agregara a su desconsuelo que en Honduras "el derecho a la propiedad privada es más importante que el derecho a la vida".

LA REVISTA ARIEL no apareció en el mes anterior de Enero por impedimentos de organización interna. Así lo informamos a los lectores, suscriptores y coleccionistas.

NIXON EN PEKIN

El viaje de Mr. Nixon a Pekín en este mes de febrero y a Moscú en mayo es parte de su propaga electoral para garantizarse un segundo período en la presidencia, y es posible que consiga su objeto con tanta vistosidad que dejará boquiabiertos a los votantes norteamericanos.

Los precandidatos demócratas carecen de medios parecidos para salirle al paso y derrotarlo.

Solo de un modo podría malograrse su propósito, y es que empeñado en decorar con exceso la escena alucinante, fuera a dar pinceladas desagradables para los grandes monopolios, en cuyo caso llevarían otro huésped a la Casa Blanca. Por ejemplo, que llegara a celebrar una alianza bélica con el gobierno chino, que creara condiciones favorables para formar un frente contrario que dejara en inferioridad el poder de los Estados Unidos

Porque la verdad es ésta: Europa, cansada de la guerra, con su Mercado Común Europeo es casa tranquila. En cambio, donde está bajo cenizas el fuego nuclear es en Asia por la presencia conflictiva de las dos superpotencias y de otras naciones fuertes, como Estados Unidos, la Unión Soviética, Japón, China y la India, que ya se mostró como gran nación. Quien llegare a controlar Asia y el Pacífico será dueño del mundo del futuro.

Mr. Nixon no va a celebrar alianzas peligrosas, porque en sus años presidenciales ha adquirido tanto conocimiento de la realidad cambiante del mundo, que ya no es de los Estados Unidos como acaba de revelar el Secretario de Estado Rogers, que el viaje le servirá a las mil maravillas para asegurarse un segundo período presiden-

Los técnicos de radio y televisión se encargarán del montaje fascinante con música pekinesa.

En el momento, Mr. Nixon es el más calificado intérprete de la política de los monopolios gigantes, que si existen como esencia de un imperio para la guerra, la dominación y el avasallamiento, a la vez se dan cuenta del contra-poder representado por el campo socialista, el movimiento obrero internacional y el frente de liberación de

los pueblos sojuzgados, capaz de disuadir a los más dementes belicistas.

Por semejante situación, Mr. Nixon es el estadista del status quo, es un conservador convencido. No desata una guerra grande, pero le hace facilidades al complejo militar industrial, sediento de ganancias fabulosas, a que siga produciendo y almacenando bombas, cohetes y otras armas de destrucción masiva. No se niega al desarme nuclear y al licenciamiento de los ejércitos, pero en las conferencias nunca llega a acuerdos últimos. No suspende las agresiones locales que otros iniciaron, pero admite las mesas redondas para hablar de paz sin llegar a nada. No objeta la coexistencia pacífica de los sistemas arraigados, pero levanta alambrodas de púas electrizadas para que no haya intercambios. No se opone en sus proclamas a la liberación de los pueblos esclavizados, pero no le faltan medios de impedirlos.

Mr. Nixon acaso traerá de China un tratado comercial y muchas películas en que aparezca con los jefes chinos en medio de un trajín oriental. De otra parte, no podrá ofrecerle más la camarilla de Mao, que ha sustituido el internacionalismo proletario y socialista por el "nacionalismo de gran potencia" y que le ha puesto en fiera y sor-da oposición con el pueblo trabajador chino, que se resiste a hacer memorias de las milenarias dinastías imperiales y seguir las sentencias congeladas de un nuevo Confucio.

De la cosecha lograda en los arrozales de las orillas del Wang Ho, pasará Mr. Nixon al panorama de Moscú que acabará de convencer a los electores norteamericanos sobre la conveniencia de retenerlo en la Casa Blanca.

Eso sí, ganadas las elecciones y garantizado un nuevo período presidencial, Mr. Nixon podrá emprender muchas obras buenas para la humanidad. Sólo que entonces no será él, de su propia voluntad, sino la acrecentada presión mundial la que lo obligará a emprenderlas, pues la iniciativa histórica se hallará casi de un modo decisivo en el polo opuesto.

TEATRO CLAMER

**Anuncia con verdadero orgullo el
retorno triunfal de la cinta más aclamada
de todos los tiempos**

LA NOVICIA REBELDE

ESPERELA

EN SEMANA SANTA

Aquel Muchacho

Por FAUSTA NAJERA DE AYALA

Había caminado toda la mañana y toda la tarde en busca de un trabajo, y no había encontrado. Hacía ya dos semanas que vagaba de un lado para otro tocando a cada puerta donde suponía podría encontrarlo, y hasta entonces, solamente había conseguido un enorme cansancio, tan grande, que sentía los pies entumecidos y parecía que sus piernas en vez de ser de carne y hueso, hubieran sido de trapos viejos.

—¡Qué cansado estoyyyy...— Su voz se prolongó en un largo bostezo, después del cual y como Dios lo ayudó, terminó de quitarse los rotos zapatos, antes de caer rendido en la dura cama que le servía de lecho, y quedarse profundamente dormido. Fue entonces cuando a su mente acudió aquel hermoso sueño que luego se transformó en agobiante pesadilla.

Seguía caminando, pero ya no lo hacía por las calles de la ciudad. Ahora caminaba por parajes completamente solitarios, pero de una hermosura incomparable.

—Es un extenso valle y fertilísimo! —decía— Seguía caminando y caminando, pero ya no sentía cansancio... Deseaba ver, deseaba conocer todo aquel inmenso paisaje que se abría ante sus asombrados ojos. Allá a lo lejos se veía un caserío. Las casitas de paredes blancas y tejados rojos, enclavadas sobre la verde grama.

—¡Qué bonito es todo esto!... ¡Si todos los hondureños pudieran conocerlo!... ¡Qué lástima que este hermoso valle no esté todo cultivado, de lo contrario se vería más hermoso!

Continuó caminando y admirando el panorama a cada paso que daba.

—¿Dónde estoy? —se preguntaba— ¿En dónde me encuentro?

—Esta es una parte del extenso departamento de Olancho. Le contestó una voz.

—¡Quééé?... El departamento de Olancho ha dicho?

—Si muchacho. Estás en las praderas olanchanas, en estas pampas de las que muchos hablan pero que la mayoría desconoce. Te gusta el paisaje, ¿verdad?

—¡Es precioso!

—¿Viste ya ese caserío?

—Precisamente estaba admirándolo. Da la impresión de un nacimiento.

—Pues como ése, aquí encontrarás muchos más, y aldeas y pueblos todos con un tinte típico. Las aldeas con sus casitas blancas como palomas, situadas sobre extensas sabanas, parecen lo que tú dices: puros nacimientos. Los pueblos por lo general se hallan rodeados de preciosas colinas o de serranías cubiertas de pinares que cual gigantes, se elevan majestuosos y con su resina dan un grátísimo olor al ambiente.

Cerca de aquí precisamente detrás de aquellas serranías hay unas colinas muy bonitas, si las cruzas, tus ojos contemplarán una de las aldeas más bonitas y pintorescas que tú hayas visto. ¿Quiéres conocerla?

—Claro! Me gustaría mucho. Todo ésto me impresiona.

—Pues vamos, yo te llevaré.

Y horas más tarde se hallaba absorto en la contemplación de la preciosa aldea.

—¡Es increíble!... ¡Es preciosa! Rodeada de bellas colinas y arrullada por ese río tan bonito!

—Es el río Telica. Es, como tú dices: muy bonito, como todos los que riegan este extenso departamento... Observa: Cada casita tiene flores, una parra de Napoleón, generalmente. Pero aquella, la casa que ves allá más al centro...

—¿Se refiere usted a la que tiene macetas de geranio de todos colores?

—Sí, a la misma. Es la casa más bonita de la aldea. Te llevaré para que la conozcas. Es una casita que tiene su historia porque allí vivió un muchacho más o menos parecido a tí, en lo físico. En la aldea era muy conocido porque tenía los ojos tan azules, como el azul del cielo de nuestra Honduras, o como el azul de las tranquilas aguas del Lago de Yojoa; y tenía un cabello dorado como el oro. Se llamaba Antonio, pero la mayoría de los vecinos de esta aldea lo llamaban Toñito.

Vivía con su madre, una mujer muy buena, muy estimada en toda la comarca. María fue su nombre, como la madre de Jesucristo. Había enviudado cuando aún era muy joven y de aquel matrimonio le quedó un hijo en quien puso todo su amor y sus ilusiones de madre abnegada.

Desde la muerte de su esposo, María había luchado mucho para salir adelante, y para proporcionar a su hijo por lo menos la educación primaria, ya que ella solamente había llegado hasta cuarto grado.

Dos buenas señoritas españolas que vivían en el pueblo cercano, le habían enseñado a coser, a tejer, bordar, y aquellas artes manuales le habían servido para defenderse en la vida.

En casa de María no era extraño oír el ruido de la máquina de coser hasta altas horas de la noche. Muchas veces, Antonio tenía que levantarse a suplicarle que dejara el trabajo para otro día, bajo la amarillenta luz del candil que la alumbraba.

—Acuéstese mamá, siga mañana, que hoy ya está cansada.

—Pero Toñito... ¿No te has dormido todavía?

—No mamá. Estaba viéndola rascarse los ojos y pensaba: pobrecita mi mamá. Algún día cuando yo sea grande ya no tendrá que trabajar tanto.

—¡Hijito de mi alma! Dios te bendiga y te oiga, porque sos un buen hijo.

—Y usted es la mamá más buena que conozco.

María dejó su trabajo, y acercándose a la camita de su hijo, lo arropó cuidadosamente, y lo besó en la frente.

Días después y en una de esas tardes diáfanas de verano, Antonio se hallaba acostado sobre la verde grama del solar de su casa, mirando hacia el azul infinito del cielo, en actitud pensativa.

—¿Qué pensará tanto Toñito que desde hace rato está allí, mirando para el cielo?

Quien hablaba era don Manuel, un viejecito muy amigo de madre e hijo, y su más cercano vecino.

Don Manuel era el único habitante de la aldea que había logrado salir de la misma para terminar su primaria; por tal razón, todos los vecinos lo respetaban.

Hacía de auxiliar, de médico, de consejero, etc., y su sabiduría a pesar de su escasa preparación, era mucha.

Don Manuel tenía su propia familia, y todos eran buenos amigos de María y su hijo.

Aquella tarde, el buen viejo se deleitaba contemplando la pequeña figura de Toñito, recostado desde hacía rato sobre la grama.

Con gesto sonriente en su marchito rostro, el anciano decía:

—Hace rato que ese muchachito mira y mira hacia el cielo, sin siquiera cambiar de posición... ¿Estará pensando en tocar el cielo con sus manos?... Pudiera ser... Yo recuerdo que cuando tenía su misma edad, pensaba que podría tocarlo desde cualquier parte alta.

Cesaron sus pensamientos por escasos minutos y siguió contemplando al chiquillo, pero las horas pasaban y la noche se aproximaba, sin que aquel diera muestras de salir de su abstracción. Pensando en que ya se estaba poniendo frío, don Manuel se atrevió a dirigirse al niño. Con paso vacilante y suave, se acercó a él.

—¡Toñito!... ¡Toñito!... Lo decía con voz tan suave, como temeroso de sacarlo de sus bellos sueños. Le habló nuevamente tan suave, que en un principio, Antonio no logró oírlo.

—¡Toñito!... Repitió.

—¡Ah!... ¿Es usted don Manuel?

—Sí, muchachito, soy yo... ¿Acaso pensabas que era el ángel del cielo?

Antonio rió de buena gana y negó con un movimiento de cabeza... El anciano continuó:

—Pensabas en coger las estrellas más bonitas para regalárselas a tu madre, como hacés con las margaritas?

Otra vez el niño negó con la cabeza. Parecía que a ambos les divertía jugar a las adivinanzas.

—Se puede saber entonces en qué piensa esta cabecita rebelde?

—En muchas cosas don Manuel. En muchas cosas que me gustaría hacer cuando sea un hombre.

—Cosas buenas desde luego, ¿verdad hijo? —Insistió el anciano.

—¡Claro, don Manuel! ¿sabe?... Pienso, como dice usted, ser un gran hombre. Estudiaré mucho más allá de la primaria, y entonces conseguiré muchas cosas para dárselas a mi mamá —hizo una pausa— y también para esta aldea que quiero tanto.

—¡Bravo hijo! Así me gusta oírte hablar. Tenías que haber nacido en esta tierra olanchana para que pienses así. ¿Sabes que Olancho ha sido la cuna de grandes hombres

—¿La cuna? ¿Qué es eso de la cuna?

—Quiero decir que aquí han nacido grandes hombres... Tú serás otro más que hará honor a esta tierra.

Diciendo ésto, el viejecito tomó entre sus manos, la dorada cabecita de Antonio y depositó un tierno beso sobre su frente... Un vaso de lágrimas asomaba a sus marchitos ojos, debido a la emoción que lo embargaba.

—¡Me ha dado usted un beso, don Manuel!

—Si hijo, te he besado igual que beso a mis hijos, porque te quiero tanto como a ellos...

Con el dorso de la mano se secó la lágrima que había brotado y que silenciosa rodaba por su arrugada mejilla y haciendo a un lado la emoción del momento le dijo:

—Vamos hijo. Se está haciendo tarde y los dos vamos a pescar un resfriado. ¿No te parece?. Mejor es que entremos a casa.

—Antes cuénteme usted aquella pasada del hombre que se rió de usted cuando le dijo de donde era. Me encanta oír lo que usted le contestó.

—Bueno pues. Fue una vez que yo había ido a la capital para comprar unos remedios en la botica. Yo lo encontré y le pregunté por la dirección, y entonces él, después de dármele, me quedó viendo como a un animal raro y me preguntó de donde era. Como comprenderás, yo no iba a pegarle una mentira.

—Ud. nunca miente don Manuel. Me consta. Interrumpió el niño.

—Gracias hijo. Como te decía, le contesté con mucha arrogancia: Soy de Olancho.

—¿De la cabecera?

—No hombre, soy de una aldea muy pequeña, pero muy bonita. Entonces el desconocido empezó a reírse, a burlarse de mí... Yo me enojé y le dije: Si algún día va Ud. por Olancho, pregunte por esa aldea; verá que cuando la conozca no le va dar ganas de reír lo que vea. Allá se va a encontrar con gente humilde, pero amable, sincera. Con hombres que desde niños, en vez de acostumbrarse a pedir, aprenden a abrir los surcos de la dura tierra, para depositar en ella la semilla que más adelante les dará el fruto de su alimento... Eso amigo mío, no da risa.

—¡Qué buenooo! ¡qué bueno! gritó el niño. Si yo hubiera estado allí, le hubiera dado a Ud. un beso.

—Nunca es tarde hijo, dámelo ahora, y como consejo te digo que nunca te avergüences de la tierra que te vio nacer, por humilde que ésta sea.

Anciano y niño se confundieron en estrecho abrazo, antes de entrar a la humilde morada de María...

El tiempo pasaba rápido y Antonio se acercaba al final de su primaria. María estaba orgullosa de su hijo ya que había resultado ser un magnífico estudiante según lo decían las notas que mes a mes traía el muchacho, de la escuela del vecino pueblo, hasta donde iba cada mañana para recibir el pan del saber. Todos los días de clase, madre e hijo se levantaban a las cinco de la mañana, para que éste tuviera tiempo de recorrer los cuatro kilómetros que lo separaban del pueblo, y estar a la hora de iniciar las clases. María le preparaba su desayuno, casi siempre consistente en un vaso de leche fresca que proporcionaban las dos vacas que constituían el capital de la casa; 1 huevo y 2 hermosas tortillas calentitas, hechas por sus propias manos. Después se dedicaba a prepararle una burrita para que almorzara allá en el pueblo, ya que no disponía del tiempo necesario para hacerlo en casa... Pero ningún sacrificio era demasiado para ambos. Madre e hijo estaban contentos, y ya se habían acostumbrado a aquel ritmo de vida.

Después de darle la bendición todos los días, lo acompañaba hasta la otra orilla del río.

—Adiós mamá.

—Que Dios te acompañe hijo. Pórtate bien y no se le olvide que no debe cruzar el río usted solito. Sino he llegado cuando usted regrese, mejor espéreme un ratito, pues si yo no puedo venir, viene alguno de los hijos de don Manuel.

Todos los días las mismas palabras, las mismas recomendaciones, las mismas plegarias hacia Dios encomendándole a su hijo.

Casi siempre, Antonio era de los primeros en presentarse a clases. El maestro lo ponía de ejemplo, pues otros muchachos, aún viviendo cerca de la escuela, llegaban tarde a las clases.

Los resentidos se las ingenian para molestarlo. Afortunadamente, los haraganes eran unos pocos, la mayoría eran hijos de los ricos del pueblo... Como siempre, se creían con derecho a todo, atendidos al dinero de papá.

—¿Viste al presumido de Antonio? Lo decía riéndose uno de sus compañeros.

—Parece que anda sobre zancos. Comentó otro

Es que por primera vez en su vida se pone zapatos. ¿Te imaginás como le han de doler los pies? rió.

—Pior si los usa sin calcetines. Ha de andar los pies llenos de peladuras.

Reían a mandíbula batiente cuando llegó Antonio. Al verlo, guardaron silencio por unos minutos, para luego proseguir con sus burlas.

—¡Ola! Toño... ¡Qué guapo te ves con zapatos...! Te parecés a un ganzo.

—A mí se me parece a un pato.

—¿Te compraron calcetines?.

—Déjalo hombre, no lo molestés... ¿No ves que es la primera vez que calza zapatos? Deben dolerle mucho los pies.

Con cara de enfado, pero al mismo tiempo con una altivez poco común para su edad, Antonio contestó:

—Tienen razón. Me duelen mucho los pies porque por primera vez uso zapatos, pero lo que no me duele ni un poquito, son las burlas de necios como Uds. Y dando la vuelta con arrogancia, se alejó de la escuela en dirección a su casa.

Un rato más tarde divisó el río, vió también la querida figura de su madre que lo esperaba ansiosa en el lugar de costumbre.

—¡Hola hijito! ¿Cómo te fue?

—Bien mamá, gracias.

No habló más, pero María, con esa fina intuición que posee aún la más sencilla de las madres, adivinó pronto que algo afligía a su hijo.

—¿Tuviste algún problema en la escuela? preguntó.

—No mamá.

—Es que te veo preocupado, triste...

—No mamá. Es que a Ud. le parece. No me pasa nada... Vámonos que ya quiero llegar a casa para descansar.

—Está bien hijo. Como Ud. diga. Vamos.

Siguieron caminando en silencio. La madre no quiso insistir, pero adivinaba que su hijo sufría. También notó que cojeaba un poco y se imaginó que los zapatos le estaban lastimando los pies...

—¡Bendito se Dios que ya llegamos, hijito!. Sentate un mome o y quitate los zapatos para que descansés los pies, mi amor. Cuando están nuevos, los zapatos siempre molestan un poco. Y mientras tanto, yo iré a prepararte una buena cena.

Antonio quedó pensativo. No sabía si confiarse a su madre o silenciar su amargura. Sus dudas se aclararon al verla llegar con la humeante y olorosa cena.

—Póngala allí un ratito. Antes quiero contarle lo que me pasó en la escuela. Ud. tenía razón, adiviné que estaba triste.

—Contámelo todo, hijito. A la madre no se le debe ocultar nada. Una madre adivina cuando su hijo está triste o cuando está muy contento.

La madre de Antonio era una de esas naturalezas únicas. Vivía solo para aquel hijo a quien amaba con un cariño casi religioso.

—Te oigo hijo, habla ya, por amor de Dios.

—Es que unos de mis compañeros se burlaron de mi.

—¿Y por qué, hijo?

—Por éstos... —dijo, señalando los zapatos—. Porque es la primera vez que me han visto calzado y no podía caminar bien... Los pobres no tenemos derecho a usar estas cosas.

—No diga eso, hijito. Lo que pasa es que son unos envidiosos. De seguro que saben que sos el mejor del grado, y por eso te tienen envidia.

En los ojos de Antonio se adivinaba un fulgor de lágrimas, ¿de pena?, ¿de rebeldía?... No lo sé, pero María lo notó y se acercó a él, estrechándolo sobre su corazón. Sabía que por primera vez su hijo había sufrido una pena a causa de la maldad humana, a causa de esa barrera que muchos ricos se empeñan en crear entre ellos y los pobres. La madre sufría a la par del hijo. Sentía un dolor asfixiante en la garganta, pero comprendía que tenía que ser fuerte. Debía dar valor a su hijo, restarle importancia al asunto, y hacerle comprender que en la vida, no todo es color de rosa.

—Los pobres, hijo, tenemos tanto derecho como los ricos, a vestir como ellos, a alimentarnos como ellos y a recibir la educación que ellos re-

ciben, solo que a nosotros nos cuesta un poco más las cosas y a veces nos hace falta todo, pero debemos luchar hijo. Debemos luchar noche y día por conseguir todo eso que deseamos y a lo que tenemos derecho. No es fácil hijo, te lo digo yo, a quien ves trabajar noche y día. Es difícil, pero lo importante es no desanimarse, es tener fuerza, valor para luchar.

—¡Mamá! ¡mamacita!... ¡Qué bonito me has hablado!... Siempre he pensado que sos la mamá más inteligente del mundo. Y eso que siempre estás diciendo que tu educación fue muy poca!

—Y es la pura verdad hijo, pero Dios siempre ilumina a las madres cuando se trata de dar un consejo a sus hijos, cuando se trata de evitarles sufrimientos.

Mientras María hablaba, jugaba con los dorados cabellos de su hijo, que en actitud mimosa se hallaba recostado sobre sus rodillas.

Poco a poco, y como por arte de magia, la pena de Antonio había ido desapareciendo. Ya todo estaba olvidado. Su angustia anterior se había convertido de momento en actitud desafiante, soberbia. Levantó la altiva cabeza, y apartándose casi con fiereza el rizo que caía sobre su frente, miró a su madre directamente a los ojos, y le habló como nunca antes lo había hecho.

—Mamá, sus consejos me han servido mucho. Le prometo que no volveré a ponerme triste. Seré fuerte, tal como Ud. quiere, y lucharé como luchan los hombres, porque quiero llegar a ser un gran hombre. Un hombre de verdad.

Cuando estaba haciendo el cuarto grado, un día le dije a don Manuel que me gustaría estudiar más de la primaria, y él se puso muy contento y me dijo: "Llegarás a ser un gran hombre y darás honor a esta tierra que te vió nacer". Nunca he olvidado estas palabras, y así como se lo prometí a don Manuel, se lo prometo ahora a Ud... Lucharé por llegar a ser un hombre... Ya faltan pocos meses para terminar mi primaria y dice mi profesor que aprobaré el grado con buenas notas.

A cada palabra del hijo, la madre sentía una extraña sensación. Era una mezcla de orgullo, de dolor, de angustia.

Lo primero, por el anhelo de superación de su hijo, por su decisión por luchar hasta lograr lo que se proponía; lo segundo y último, porque se sabía muy pobre y no quería ver desvanecerse aquel hermoso sueño de Antonio, que en un momento de dolor había tomado forma. Pero si su desaliento la hizo sufrir un minuto, el orgullo por su hijo pudo más, y sobreponiéndose a su emoción, volvió a ver a su hijo con los ojos del alma, y le dijo:

—¡Me hacés muy feliz, hijo mío!... ¡Qué hermoso es oírte hablar de ese modo! Veo en tus ojos una gran decisión que me hace confiar en

vos. Que me hace pensar que vas a lograr lo que deseas.

—Don Manuel también lo dice.

—Y así será, hijo. Tengamos fe en Dios.

Mientras tanto, el tiempo había transcurrido, y una luz casi mortecina luchaba contra las primeras sombras de la noche. María se dirigió a la cocina para encender el candil... Antonio quedó sentado en una pequeña silla, con la vista perdida en la difusa claridad que se proyectaba a través de la pequeña ventana.

María regresó con la lumbre y la colocó sobre la rústica mesa de pino.

—Por estar hablando, nos olvidamos de la cena. ¿Qué te parece si cenamos juntos?

Está bien mamá, como Ud. quiera. A mi me gusta mucho comer en su compañía, pero por mi escuela casi no lo hacemos.

—Es cierto hijo, que le vamos hacer. "Para merecer hay que padecer", dice un refrán.

—Quiero que por favor me dé permiso de ir donde don Manuel antes de acostarme. Tengo que platicar con él sobre muchas cosas.

Está bien, hijo, pero antes, iré a la cocina por un momento para calentar esta comida. Ya está fría.

—No importa, mamá. Así déjela.

—No te apurés hijo. En un momento regreso...

Comió de prisa y casi en silencio. Dentro de su cabeza, bullían mil pensamientos.

—Muchas gracias mamá. Estaba muy rica la comida. Pero algún día, cuando yo sea un hombre y gane bastante, Ud. ya no tendrá que cocinar. La comida no va ser tan buena, pero Ud. va descansar.

—Gracias zalameño.

—Y ahora, me voy para donde mi amigo.

—No tardés mucho hijo.

Salió corriendo como una tromba hacia la casa del anciano quien generalmente a aquella hora de la noche acostumbraba fumar su pipa sentado sobre la silla que colocaba en el corredor de su casa.

—Vos aquí, Toñito?— preguntó extrañado... ¿Qué pasa criatura?... ¿Acaso tu mamá está...

No quiso terminar la frase. Se había asustado al ver al muchacho a una hora poco acostumbrada.

—No don Manuel —contestó el chiquillo riendo— mamá no está enferma. No pasa nada malo en casa, al contrario, vengo a darle buenas noticias.

¡Bendito sea Dios!... Me asusté mucho al verte venir corriendo. Por un momento creí que le pasaba algo a tu mamá.

Pues ya no se asustó. Ya le dije que no pasa nada.

Mejor hijo, mejor. Pero vamos a ver de qué se trata. Cuéntame ya que la curiosidad de un viejo como yo, no hay quien la aguante por mucho rato.

Poco a poco, el muchacho fue relatándole todos los incidentes de aquel día, desde el entusiasmo con que calzó sus zapatos nuevos, hasta la plática sostenida con su madre unos minutos antes.

Cuando Antonio terminó su relato, todavía transcurrieron unos minutos antes de que el anciano pudiera hablar... Es bastante conmovido... Cogió las pequeñas manos de Antonio entre las suyas, y las besó varias veces.

—¿Qué hace Ud., don Manuel?

—Ya lo ves hijo mío. Hago lo que me dicta mi corazón... Estoy contento porque sé que te vas a salir con la tuya. Ahora puedo asegurarlo... Tenía mis dudas sobre tu mamá. Creía que se iba a oponer porque no tiene otro hijo, ni más compañía que tú, pero ya ves hijo. Tienes una madre muy buena, muy especial... Dentro de tres meses a lo sumo, tendrás que irte para la capital porque las clases empiezan en mayo y tienes que estar allá un mes antes para que tengas tiempo de conseguir trabajo... Yo tengo una amiga que no vive tan mal allá en la capital. A lo mejor te da alojamiento en su casa con una recomendación mía. Es una buena mujer.

—Gracias don Manuel, muchas gracias —dijo con voz emocionada— y agregó:

—¿Cómo podré pagarle sus favores?

—No olvidando mis consejos y luchando duro por lograr tu propósito; porque Ud., jovencito, tiene que prometerme que nunca volverá a tener ni un solo momento de debilidad... En la vida hijo mío, se tropieza con muchos problemas: algunos pequeños, otros mayores, casi gigantes; lo importante cuando se nos presentan, es no dejarse acobardar... Lo importante es hacerles frente con valentía de hombre. Tú tienes que vencer esos problemas, esos obstáculos que a diario se presentan en tu camino, que no vayan a ser ellos los que te venzan. Habrá días en que acaso te toque hasta aguantar hambre y frío, y lo que es peor, a cada momento te encontrarás con personas, que como tus compañeros de grado, traten de ofenderte, de hacerte daño; pero entonces quiero que recuerdes que no deberás sentirte inferior a nadie. Tratarás de salir adelante con esa arrogancia que siempre has tenido desde que empezabas a hacer travesuras... —guardó silencio, y después continuó—. Ese es el Antonio que va ir a la capital... Ese será el hombre que va salir adelante y de quien este viejo se va sentir orgulloso, aun que ya esté muerto.

—No diga eso don Manuel que me pongo triste.

—Pues no debe ponerse triste, amiguito. Hasta para la muerte hay que saber ser valiente... Uno debe acostumbrarse a la idea de la muerte, sobre todo cuando se trata de un viejo como yo... ¿No ves estas manos y esta cara?... ¿Te parecen jóvenes?... No hijo, no. —contestó por Antonio. No en vano han pasado por mi tantos años...

—Pero Ud. vivirá muchos años más, don Manuel.

—No sé lo que Dios me tenga reservado, si vivir más años como tú dices, o a lo mejor me llama mañana mismo. Oye bien lo que te voy a decir, Antonio:

—Si, don Manuel?

—La presencia física de las personas, no es lo que las hace vivir o morir para siempre.

—No le entiendo, don Manuel. ¿Qué es lo que me quiere decir?

—Precisamente lo que digo: Que es su bien o mal recuerdo que dejaron a su paso por la vida, lo que hace que se les recuerde o se les olvide para siempre... Te lo diré más claro: Si tú haces cosas buenas en esta vida, aunque tu cuerpo muera, habrá quien te recuerde. En cambio, a los malos, a los que solamente han sembrado odio y maldad a su alrededor, no pasarán ni dos días de su desaparición física, para que nadie los recuerde o desee alejarlos de su mente como a un mal pensamiento... Prométeme que sabrás ser fuerte aún ante el cuadro de la muerte, y que te acordarás y seguirás los consejos de este viejo ignorante que quisiera ser sabio para poder aconsejarte mejor. Apuntó sentencioso.

Un cálido beso sobre la arrugada mejilla del anciano, fue la callada respuesta de Antonio, aquel muchacho que empezaba a convertirse en hombre. Después salió corriendo hacia su casa, donde ya lo esperaba su madre con verdadera impaciencia.

—Al fin llegaste, hijito. Ya iba ir a buscarte.

—Pero ya estoy aquí, mamá. Es que la conversación con don Manuel fue tan larga como buena.

Me alegre hijo, pero ya es muy tarde y hay que descansar para poder madrugar mañana.

Antonio obedeció. No tenía sueño a pesar de lo avanzado de la hora. Su mente trabajaba febrilmente aún en la negrura de la noche. Su cuerpo, igual que su mente, lo sentía activo... El corazón le palpitaba tanto, que podía oír sus latidos. No fue sino hasta bien entrada la noche que logró conciliar el sueño...

El tiempo pasó rápido, y los meses de clases al igual que los exámenes, habían llegado a su fin.

Aquella tarde, Antonio no cabía en sí de gozo. ¡Mamá! —gritó en cuanto la vio— ¡Terminé!... ¡Ya pasé mi grado!... ¡Mi último grado de primaria!... ¿No se alegra?

—Desde luego hijo. Estoy tan alegre como está Ud. pero soltame, hijo, no me dejás respirar. La abrazaba con tanta fuerza que la tenía sofocada.

—Estoy muy alegre —repetía—.

—Yo también hijito, pero hay que esperar el certificado. Todavía hace falta.

—No importa mamá, yo sé que pasé, estoy seguro. ¡Ah! Se me olvidaba. Me dieron este papel para Ud.

—¿Qué es hijo?

—Es de la escuela. Creo que es para lo de la clausura. Léalo para que salgamos de duda.

Y efectivamente, era una invitación a los padres de familia, para que asistieran al acto de clausura del año escolar.

Y pocos días después, en la humilde escuela del pueblo, se hallaban reunidos todos los padres de familia, y como es de imaginar, María no podía faltar a tan singular evento en la vida de su hijo.

—Antonio, aquí tienes el certificado de tu último año de primaria. La voz del profesor sonó emocionada. Le había tomado mucho cariño al muchacho, por su buen comportamiento, por estudioso. Ahora era la despedida.

—Te felicito, muchacho. A Ud. también señora. Su hijo obtuvo las mejores calificaciones del grado.

—Gracias señor profesor, Muchas gracias.

Y acto seguido, madre e hijo se confundieron en estrecho abrazo.

Ya estaba dado el primer paso, ya había subido el primer escalón... La primaria había concluido... Pero de allí en adelante, le tocaría lo más difícil. Sin embargo, aquella meta tenía que alcanzarla sin importarle sacrificios... Continuaría directo hacia su objeto...

Y aquella feliz tarde, todas aquellas buenas gentes de la aldea quienes tanto estimaban a María y a su hijo, se hallaban presentes en la humilde casa celebrando el triunfo del muchacho.

Don Manuel fue el primero en felicitarlo.

—¿Ves como tengo razón para decir que vas a llegar a ser un gran hombre?

—Lo decía en tono sentencioso y con una alegría difícil de encubrir.

—Dios lo oiga don Manuel. De mi parte ya le he prometido que haré todo lo que pueda por llegar a más. No me gustaría quedarme solo con la primaria.

—Y no te quedarás. Tú eres para otro ambiente.

Continuó recibiendo las cariñosas felicitaciones de todos sus vecinos, de sus amigos, de aque-

llas humildes personas que lo habían visto nacer y crecer. Algunas le llevaban pequeños presentes: un pollito, huevos, frutas, pequeñeces, pero eran un testimonio de su cariño sincero por el muchacho y de la estimación que le tenían a la buena mujer que era su madre... Dentro de unos días verían partir a aquel inteligente joven. Lo verían alejarse con dolor en el alma, pero con la esperanza puesta en él.

Los días que faltaban para su partida, fueron días de mucho ajeteo para María. Fueron días de trabajo pesado para ambos. La madre quería poner en el equipaje de su hijo, todo lo que ella pudiera darle. No iba a ser mucho, pero algo, lo necesario. Así que tan pronto se la veía cosiendo, como pegando botones en las blancas camisas o encargándole al compadre la mejor carne salada o el pollo más gordo para que a su muchacho, a su Toñito, no le faltara nada por lo menos en el trayecto de su casa a la capital.

Era la víspera de la partida. Muchos pensamientos invadían el cerebro de María... Se acercaba la hora de despedirse de su hijo... Iba a ser muy duro... Se sentiría tan sola sin él... Pero tenía que ser valiente. No iba acobardarse a última hora.

Y el día temido llegó. Antonio estaba despierto desde que el primer rayo de luz se asomaba temeroso tratando de romper el velo de las tinieblas... Un cúmulo de sentimientos diversos lo embargaba... dentro de unas horas iba a dejar, quizás por mucho tiempo o acaso para siempre, todo aquello que le fuera tan querido: su madre, aquella mujer tan buena, tan abnegada, tan cariñosa, aquella mujer cuyo recuerdo llevaría dentro de su corazón a todas horas... dejaría su casa, la humilde casita en donde naciera, en donde había vivido y había sido tan feliz... dejaría su aldea con todos sus recuerdos.

Allí quedarían también sus amigos de la infancia... y don Manuel, el viejecito que había sido como un buen padre para él...

Sin embargo, era necesario dejar todo lo que amaba. Había que tener el corazón valiente para poder triunfar... Aquella sería su primera prueba y tendría que pasarla.

Y mientras todos estos pensamientos desfilaron por la mente de Antonio, María, que desde hacía rato se había levantado, se la veía afanar en la cocina, y mientras lo hacía, también pensaba en la hora de la despedida.

—¡Qué sola quedaré sin mi hijo!... Esta casa ya no estará alegre porque él es quien siempre la alegra con sus risas, con sus ocurrencias... Pero aunque yo sufra mucho no voy a decirselo a mi muchacho. Y secó las lágrimas que suavemente se deslizaban por sus mejillas. Se va por su bien. Llegará a ser un gran hombre y entonces

cuando ese día se llegue, no me arrepentiré de haberlo dejado ir.

Oyó ruido... Antonio ya se había levantado, y corrió a su encuentro. Lo besó en la mejilla... como acostumbraba a hacerlo cada mañana. Sin embargo, el beso de ese día tenía un ligero sabor amargo.

—¡Tengo que ser valiente!... ¡Tengo que ser valiente!... Se repetía una y mil veces interiormente. Debo darle ánimo a mi muchacho porque estoy segura que él también sufre mucho. Sus ojos no me engañan, tienen una mirada triste.

—¿Vas a comer algo antes de irte?... preguntó con voz quebrada. Te caería bien un cafecito con leche, ayer hice un pan especial para vos... ¿Te lo tomás?

—¡Claro mamá! Comeremos juntos porque pasará mucho tiempo antes que podamos volver hacerlo aquí, junto al calorcito de esta cocinita. Pero ya verá usted que Dios nos ayudará, ya verá que a mi me irá bien, y el tiempo pasará luego y entonces regresaré por usted porque yo me he prometido que cuando gane bastante dinero, me la llevaré para la capital.

María no hablaba. Se limitaba a afirmar con la cabeza... Había demasiada emoción en su corazón, que le impedía expresar con palabras lo que sentía...

Mientras tanto, en aquella diáfana mañana de abril, nubes doradas habían aparecido en el oriente, despejando la difusa claridad y anunciando la llegada del astro rey. Y muy pronto, los primeros rayos solares se asomaron temerosos, y poco a poco las verdes serranías y los pastizales, se vieron bañados por un hermosísimo color dorado, el color de la pintura de oro del divino pincel del Hacedor.

Don Manuel y los vecinos más cercanos, estaban allí, de pie junto a María, dándole la despedida a Antonio... Con los ojos lagrimosos, las mujeres lo abrazaban.

—Adiós Toñito!... Que te vaya bien...

—Que Dios te acompañe, Toñito

—No te preocupés por tu mamá, que aquí quedamos los vecinos para servirla.

Los caballos que montarían Antonio y el hijo mayor de don Manuel, quien era el encargado de acompañar al muchacho hasta Campamento, sitio donde abordaría el carro, se mostraban impacientes. Pero había que esperar a que Antonio se despidiera de sus gentes.. Las despedidas siempre son tristes, y aquella no era la excepción. Sin embargo, la mayoría se empeñaba en ocultar su verdadera pena, para no entristecer al joven.

Se acercó a don Manuel y lo quedó viendo con ojos de cariño.

—Don Manuel, yo no conocí a mi padre, pero en Ud. he tenido a ese padre que hubiera querido tener... Gracias por todo y... —se le quebró la voz— ...cuide a mi mamá, por favor.

Las lágrimas estaban a punto de brotar de los ojos marchitos del anciano, pero haciendo uso de toda su fortaleza, le habló de esta manera:

—Gracias Toñito... También vos has sido como otro hijo para mí... No olvidés mis pobres consejos, y sobre todo cuando llegués a ser ese gran hombre con que has soñado, no te olvidés de los tuyos, de esta gente humilde de tu aldea, de tu pueblo, de tu departamento.

En todo el trayecto que tengás que andar montado, fijate que viajás así porque aquí no hay carreteras. Fijate que en varias leguas a la redonda, y en casi todos los pueblos de este extenso departamento, no hay un solo hospital... Recordá siempre como se muere la gente aquí porque al enfermo no se le puede llevar a otro lado, porque no hay doctores, ni hospitales, medicinas ni nada... Recordá que en estos pueblos olvidados de Dios, se hace difícil hasta mandar una carta porque el saco que contiene el correo tarda mucho en llegar, de pueblo en pueblo, sobre las espaldas de un hombre o a las ancas de su caballo.

—Lo tendré muy presente, don Manuel... ¡Se lo prometo!

—Luchá por conseguir todo eso para los tuyos, prosiguió el anciano. Cometerás un pecado imperdonable si al llegar a ser grande te olvidás de estas humildes personas que confían en vos.

Antonio se abrazó al anciano, y con infinito cariño, secó las lágrimas tanto rato contenidas, que ahora corrían silenciosamente por las arrugadas mejillas.

ACADEMIA ALPHA

Dedicada exclusivamente a la preparación de Secretarías.

Estudios de Secretariado Comercial, Ejecutivo y Taquimecanógrafos.

Oficina principal: Comayagüela, Calle Real
Casa N° 814 - TEL. 2-0922

TIENDA

LIBRERIA

"LAS NOVEDADES" y "EXCELSIOR"
de ROBERTO CAMERO

Venta de mercaderías en general. Libros y Revistas y las siguientes obras de: doña Lucila Camero de Medina, Blanca Olmedo, Aida, Amor Exótico, La Secretaria, Betina y Bajo el Imperio del Amor, El Dolor de Amar.

Anexo: se colocan pólizas de La Capitalizadora Hondureña, S. A. Danlí, Honduras, C. A.

Tocaba el turno a María... Iba a dejar marchar al único hijo de sus entrañas, al único ser que fuera su amigo, su confidente, su compañero; pero algo allá adentro le decía que tenía que dejarlo partir. Que su sacrificio de madre, tendría su recompensa tarde o temprano...

—Adiós mamá... Deme Ud. su bendición y encomiéndeme a Dios todos los días...

—No todos los días hijito. Todas las horas las pasaré encomendándote a El.

Un abrazo, un beso, y Antonio se dirigió hacia el sitio donde lo esperaba su amigo con los caballos ensillados.

María y don Manuel quedaron junto a la puerta viéndolos alejarse. María pensaba:

—Mi muchacho no es para este ambiente rudo de la aldea. Estoy segura que su padre, desde allá arriba está contento porque se va. El adoraba a su hijo y siempre me decía que trabajaría duro para darle educación... ¡Sabrá arreglárselas para salir adelante!... Es tan testaduro como su padre... lástima que él se murió tan joven, sin haber tenido tiempo de criar a su hijo...

No lloraba. Dírase que su alma atormentada se había vuelto insensible... Dejó de verlos hasta que las dos figuras se perdieron en las vueltas de la vereda.

Antonio también sufría, pero se estaba domando.

—¡Tengo que ser valiente!— se repetía. Mil veces me lo dijeron don Manuel y mi madre...

Sentía un dolor asfixiante en la garganta cuando pensaba en ella; en aquella madre que se quedaba allí en la puerta de su casa, viéndolo alejarse. Allí quedaba, terriblemente sola, y con ella, se quedaba todo lo querido... pero también allí quedaban la ignorancia y la pobreza... Allá lejos estaban: lo desconocido, las pruebas duras, por acaso le esperara aquel triunfo por el cual iba a luchar... Tenía que seguir adelante sin volver la vista atrás...

Los dos muchachos iban silenciosos. Solo se oían las pisadas de los caballos y el gorjeo de los pájaros que aquella hora de la mañana, parecía una alegre alborada.

Pronto divisaron aquel río que corría tranquilo cerca de su aldea. Antonio quiso hacer un alto, bajó del caballo, y con mucha lentitud comenzó a quitarse los zapatos.

—¿Qué está haciendo, Toñito?... Le preguntó extrañado su compañero.

—Quiero despedirme de mi río Telica. Quiero decirle adiós a este río donde tantas veces me he bañado en sus aguas claras, Me bañaré antes de marcharme...

—¡Pero a esta hora el agua está muy helada!.. ¡le va hacer daño... dijo el otro con preocupación.

—No hombre, no me hace nada. Estoy acostumbrado. Lo dijo en tono convincente... Después agregó:

—Quiero meterme en estas aguas puras, y sentir sobre mi cuerpo su abrazo de despedida...

—Hablás muy bonito Toñito, hace bien tu mamá en dejarte ir a la capital para que sigás estudiando. Yo estoy seguro que si seguís siendo tan estudioso como hasta ahora has sido en la primaria del pueblo, llegarás a ser un gran hombre... ¡Un hombre de verdad!, del que todos los de la aldea nos vamos a sentir orgullosos... Ya ves que aquí uno no pasa de ser un ignorante.

—Le he prometido a mi madre, a don Manuel, y ahora te lo prometo a tí, que haré todo lo que pueda para lograr ese propósito. Espero en Dios que me ayudará.

Dicho ésto, el muchacho, que ya había terminado de desvestirse, se introdujo lentamente en las tranquilas y cristalinas aguas del río Telica... Sumergió su hermosa y rebelde cabeza, una, dos, tres y más veces, y braceó en varias direcciones... Cogía agua entre sus manos y la llevaba a la boca para saborearla.

—Apurate muchachito, que al paso que vamos nos va dar la noche allí nomasito. Bien sabés que estos caballos no son tan buenos andadores.

—Voy Luis, ya voy. En un momentito me visto. Ya lo vas a ver...

—Lo ves?... Ya estoy listo... Ahora solo me falta coger un puño de esta arena en mis manos, para que se me queden pegadas esas cositas brillantes que parecen oro.

—Pues son de oro Toñito, —dijo Luis—. Que no tē quepa duda. ¿Nunca te lo ha dicho mi papá?

—No, no hemos platicado sobre ésto.

—Pues nosotros las llamamos marmaja de oro. Es que este río arrastra mucho oro. ¿Nunca has visto a Tula, a Lola o a doña Cruz, lavando oro en unas bateas?

—Las había visto, pero nunca se me ocurrió preguntarles lo que hacían.

—Pues ya lo sabés Toñito, en el río de tu aldea hay oro, mucho oro. Por eso esta arena se ve tan bonita... Cuando llegués allá a la capital, no se te olvide contarle a tus nuevos amigos, de este río tan bonito que tenemos.

—Lo haré Luis, y me sentiré orgulloso al contarlo. Estoy seguro que cuando me oigan, mucha gente querrá venir para bañarse en sus aguas.

—Pero eso va a ser cuando tengamos la carretera.

—Algún día la vamos a tener Luis, ya lo verás.

Al terminar esta conversación, Antonio tiró la arena y después se agachó a soltarse los zapa-

tos. Luis, muy extrañado al ver lo que hacía, y creyendo que nuevamente se iba a desvestir, le dijo:

—¡Toñitoo! ¿No pensarás volver a bañarte?...

—No hombre. Lo que hago es guardar mis zapatos en la maleta para que no se me pelen. Me los pondré cuando llegue al lugar donde tengo que tomar el carro... Tengo que cuidar mis zapatos porque solo estos tengo y el dinero que llevo es poco.

—En todo pensás, muchacho. Parecés un viejo para pensar.

Y acto seguido emprendieron el camino. Por aquel entonces, todo viajero tardaba dos días en llegar desde la aldea de Antonio, hasta Campamento, población olanchana, fronteriza con Francisco Morazán.

Cuando ya la noche se disponía a envolverlo todo con su negro manto, los muchachos dispusieron llegar a una casa solitaria que se hallaba situada cerca del camino en un lugar muy pintoresco.

El dueño de la humilde casa los recibió con mucha amabilidad y les dió permiso para colgar un par de hamacas en el corredor de la casa... Pero en aquel primer día de viaje, tocó a Antonio vivir una experiencia muy dura para su alma joven y sensible.

Se habían dormido casi al momento de acostarse debido al cansancio, pero a la media noche, Antonio se despertó sobresaltado... Había demasiado ruido en la casa y parecía que alguien lloraba.

—¡Luis!... ¡Luis!... Llamó a su compañero que dormía profundamente.

—Despertate hombre.

—¿Qué pasa Toñito?...

—No hables y escucha... —Por un momento guardaron silencio absoluto.

—¿Estás oyendo lo que yo oigo? O estoy soñando?...

Luis no estaba aún completamente despierto... El perro de la casa aullaba lastimeramente, prolongando su aullido como un grito de agonía.

—Bueno dijo Luis bostezando. Lo que oigo es el aullido de ese perro.

—No hombre, lo que yo quiero que oigas es lo que pasa dentro de la casa. Parece que lloran. Como si hubiera una persona enferma.

Nuevamente el silencio y luego, con toda claridad, hasta los oídos de los muchachos llegaron los gritos de dolor de alguien. Indudablemente había un enfermo en la casa... Ambos se levantaron y tocaron a la puerta de la casa. Salió a abrirles el dueño.

—¿Qué le sucede buen hombre?... preguntó Antonio, con inquietud.

—Miren, señalando hacia un rincón de la casa... Nuestro hijito, nuestro único hijo se nos muere... Le ha dado un mal repentino... El pobrecito se retuerce del dolor de barriga. Dice que es como si lo estuvieran partiendo por dentro.

El cuadro no podía ser menos doloroso. Sobre una humilde cama, una pobre mujer ya entrada en años, sostenía entre sus brazos y sobre su corazón, a un muchacho como de unos veinte años de edad, quien con sus ojos enormemente abiertos, y diríase que con mirada extraviada, veía a todos con desesperación infinita como pidiéndoles que lo ayudaran, que hicieran algo por él... Una y mil veces repetía:

—¡Me mueroooo! ¡Me muerooo! Demen un remedio que me quite este dolor que me está matandooooo!... Lo decía desesperado.

La madre lo contemplaba con angustia infinita, y con gran amor le acariciaba la cabeza y le secaba el sudor que a raudales le caía por la frente... Lágrimas silenciosas resbalaban por las mejillas de la pobre madre. Lágrimas que le caían en la boca, y que sabían a hiel, por la desesperación, por la impotencia de aquella desdichada mujer que nada podía hacer por su hijo agonizante.

—¿Le han dado alguna medicina, señor?, preguntó Antonio.

—Sólo una toma de hierba amarga. Es buena para los dolores, pero con mi hijo, es como poner sal en agua. Al pobrecito no le llega ni un tantito.

—Yo llevo en mi maleta, unas pastillas que me regaló el papá de este amigo. Se llaman aspirinas y son buenas para quitar los dolores. Ahora mismo se las traigo.

—Dios te lo pague hijo. Ojalá y le lleguen a mi muchacho, porque si él se nos muere...

La voz del pobre hombre se quebró en un sollozo, pero corrió y dió dos de aquellas pastillas al hijo amado.

—A la mano de Dios, hijito... Que con estas pastillas se te quite ese condenado dolor.

El enfermo tragó casi inconcientemente. Había caído casi en una especie de sopor... Ya no gritaba, solamente se quejaba y se sostenía el abdomen con sus recias manos.

La noche avanzaba lentamente... El perro no dejaba de dar aullidos lastimeros, como si presintiera una desgracia.

Los muchachos estaban conmovidos ante el cuadro de dolor que estaban presenciando...

Antonio sentía como suyo el dolor de aquellos seres, y queriendo ser útil, preguntó:

—¿Hay por aquí cerca alguna persona que

entienda de medicinas?... Nosotros podíamos ir a buscarla.

En el rostro del padre se dibujó una mueca de impotencia, antes de contestar.

—No hijo. Tendrían que ir hasta Campamento por una curandera y tardarían dos días en ir y volver... Para ese tiempo sería muy tarde para mi hijo... He visto otros casos como el del, que se han muerto antes de llegar a probar remedio... Guardó silencio. Aquel humilde campesino sufría en silencio... Estaba acostumbrado a ver aquellos cuadros de dolor, pero hasta entonces le tocaba tenerlos en su propia casa.

Con voz temblorosa agregó:

—Aquí uno nace como perro, y también se muere como los perros... Es la vida de un pobre. Así es la vida de estos lugares olvidados... Tanto le cuesta a uno criar un hijo, para verlo que se muere en un ratito, sin poder hacer nada por él...

—No se desespere, señor, dijo Antonio... Tal vez se mejora. Mírelo usted, se ha quedado dormido...

—No hijo. Yo no me engaño... Ese sueño es el sueño de la muerte... Nuestro hijo se nos va. No llegará a ver el sol del nuevo día. Mirale la cara... Tiene un color de cera. Ya no es la suya...

Los aullidos del perro continuaron.

—Ese perro es de mi hijo. Está llorando porque sabe que se le va su amo... Los animales saben cuando va ocurrir una desgracia. La voz del hombre se quebró en un sollozo.

Antonio estaba terriblemente impresionado. A su mente acudieron las palabras de don Manuel: "No te olvides de la gente humilde de tu aldea, de tu pueblo, de tu departamento... Fíjate en todo el camino que en muchas leguas a la redonda no vas a ver un solo hospital. Será un pecado imperdonable que al llegar a ser un gran hombre, te olvidés de los tuyos, de los humildes"...

—No lo olvidaré, don Manuel, se repetía. Es demasiado doloroso lo que estoy viendo para poder olvidarme. ¡Lucharé!, desde donde sea para que se preocupen por remediar las necesidades de esta querida tierra olanchana...

Y tal como dijera el afligido padre del enfermo, éste dejó de existir antes que la luz del sol rasgara las tinieblas de aquella trágica noche.

Antonio y su compañero tuvieron que seguir su camino, dejando atrás, en la humilde morada, a dos seres desesperados, llorando la temprana desaparición física del hijo amado.

Caminaban en silencio. No se atrevían a comunicarse sus pensamientos. Ambos estaban demasiado compungidos. Anteriormente, ninguno de los dos había visto la muerte tan de cerca. Había una experiencia demasiado amarga... No fue sino hasta la hora de almorzar en que despegaron los labios.

—¡Pobre gente! comentó Antonio... ¡Y pensar que era su único hijo! ¡Fue una desgracia muy grande!... Y todo así, tan simple, sin poder hacer nada por él... ¡Es lo que más lástima me daba!

—Es cierto Toñito, pero nada podíamos hacer vos y yo.

—Ahora no, pero quizás enseguida. Algún día ya no se morirá la gente campesina como los perros.

La voz de Antonio era temblorosa. Estaba a punto de llorar.

—Ya Toñito, ya. A mi también me entraron muy hondo las palabras de ese pobre hombre, pero nada vamos a conseguir con ponernos tristes.

Continuaron comiendo su frugal almuerzo casi en silencio, y después subieron a los caballos y continuaron su lenta marcha, siempre cabizbajos y silenciosos... Al anochecer habían llegado al pueblo... Antonio no encontró gran diferencia con el pueblo al cual pertenecía su aldea; pero sí conoció algo nuevo: por primera vez veía un carro.

Sus ojos contemplaron por un momento, un viejo y ruidoso camión que en aquel momento cruzaba cerca de su posada. Sin embargo, no hubo en él mayores manifestaciones exteriores que expresaran sus sentimientos. Era como si aquella máquina no fuera nada nuevo para él. Y es que en varias ocasiones, don Manuel le había hablado de ella, y ahora que miraba uno por primera vez, no le extrañaba demasiado.

Aquella noche casi no pudo dormir. Pensaba y pensaba en todo lo que le esperaba, en los desconocidos, en su madre, en su aldea, en todo lo que dejaba atrás... Pero ya no había manera de regresar... Su madre, don Manuel y todos, confiaban en él, y no iba a defraudarlos porque él mismo deseaba triunfar... Y poco a poco, su melancolía se fue discipando y a su mente acudieron presurosos, sueños grandes y bellos.

La dueña de la posada le había buscado el carro que lo trasladaría a Tegucigalpa, solo que al llegar al sitio donde tenía que abordarlo, se dio cuenta de que su viaje no iba a ser muy agradable.

—¡Hey, muchacho!— le gritó el rudo conductor. Acomódate aquí sobre esos sacos, y hacé a un lado ese par de gallinas. No tengo otro lugar en el camión.

—No importa señor. Lo que quiero es llegar a la capital.

—Menos mal,— farfulló el hombre.

Antes de abordar el vehículo, dió un apretado abrazo a Luis.

—Qué Dios te acompañe y te cuide, Toñito.

—Gracias Luis. Algún día volveremos a vernos.

—Es lo que todos esperamos.

Todavía agitó sus manos varias veces a me-

didada que el ruidoso camión se alejaba.

—Qué Dios te lleve con bien Toñito,— Murmulló Luis cuando lo perdió de vista.

El camión era viejo y lo habían cargado mucho, por lo cual la marcha era lenta. La carretera, más que esto, parecía un camino de herradura. Dos veces se hizo necesario cambiar neumáticos, y ya para llegar a Talanga, el espacioso vehículo sufrió un desperfecto mecánico por lo cual los pasajeros tuvieron que trasladarse a pié al pueblo, desde donde llevaron al único mecánico que había para que reparara la avería.

Total, el recorrido hasta la capital duró dos días; pero al final del último, en aquella tarde de verano, Antonio divisó la capital... Allí estaba Tegucigalpa. Antes sus ojos había un panorama distinto al de su aldea y a los otros pueblos que hasta entonces había conocido... Se le hacía grande y complicada. Sus ojos azules lo miraban todo con detención, como queriendo grabar en su memoria cada sitio por donde iba pasando.

—¡Hey! muchacho, gritó el conductor. ¿Dónde te vas apiar?

—Un momento señor. Aquí traigo escrita la dirección.

Y sacando de su bolsillo un pequeño papel, le dió la dirección de una modesta pensión.

“Hospédate en esa pensión” —había dicho don Manuel—. “Allí estarás bien mientras tienes tiempo de buscar a mi comadre Juana. Ella es de aquí y es muy buena. Estoy seguro que te va dar posada en su casa”.

Y aquella noche, Antonio se acostó tarde contemplando las luces de la ciudad.

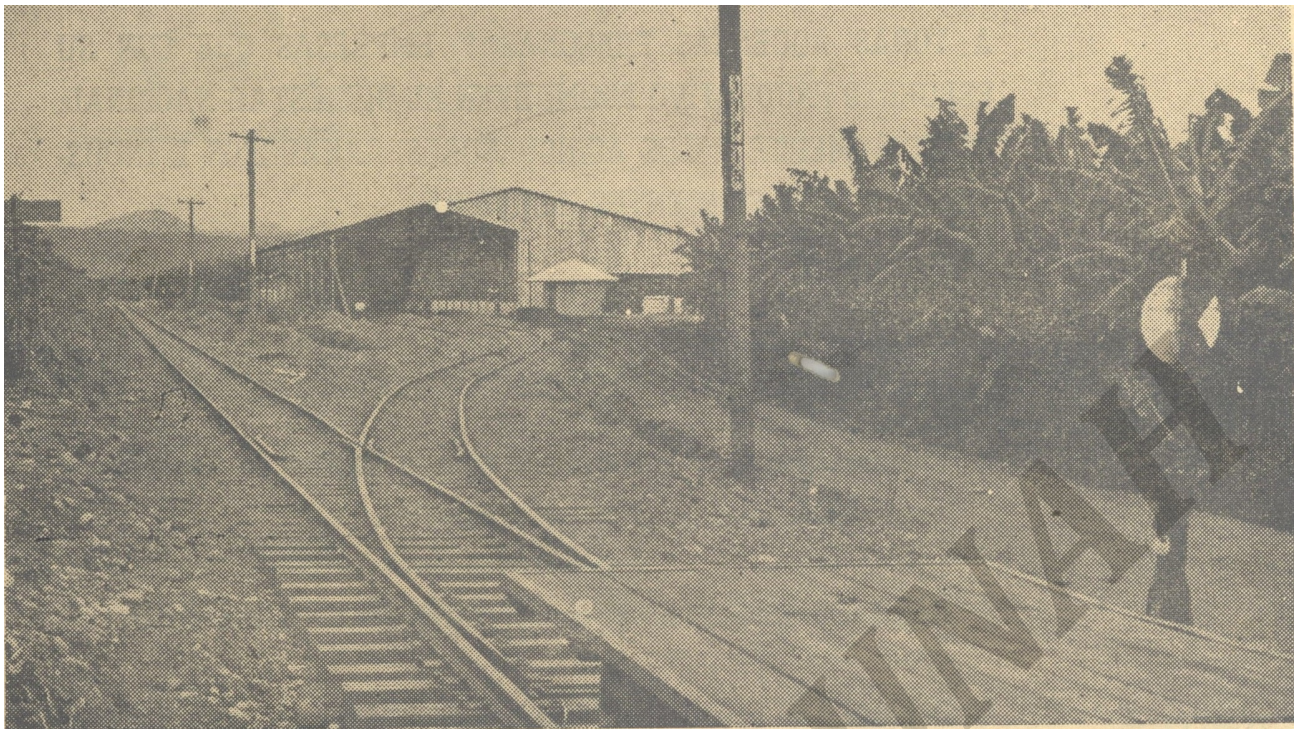
—Son como las estrellas del cielo de mi aldea —se decía—. Y su pensamiento volaba hacia la humilde casita donde había quedado aquella mujer abnegada y cariñosa que era su madre...

Al día siguiente, y tal como era su costumbre, Antonio se levantó muy temprano, antes de salir el sol. Inmediatamente le preguntó al dueño de la pensión por la dirección de doña Juana.

—Es difícil hallarla hijo, porque esa casa queda en La Leona y allí cuesta dar con una dirección. Pero andate por esta calle recta y al llegar al final, doblás a la izquierda y de allí seguís subiendo y subiendo que no vas a tener pérdida hasta llegar al parque. Una vez allí te vas a poder orientar mejor.

Dar con el parque de La Leona le fue fácil, pero encontrar la casa de doña Juana, era asunto difícil. Caminaba de un lado para otro en las intrincadas callejuelas del barrio indagando aquí y allá pero nada podía averiguar... Además le parecía que las personas a quienes les había preguntado por la dirección, eran todas gentes poco amables. Con una o dos excepciones, las otras per-

VIA DEL FERROCARRIL NACIONAL DE HONDURAS



EDIFICIO DE LAS OFICINAS DEL FERROCARRIL NACIONAL



V. CAUDRÓN

Qué formidable..! La bicicleta que tanto deseaba..! Ahora sí podrá acompañar a sus amigos en sus paseos y competir con ellos en las carreras de cintas....! Cuánta felicidad para él...! Y todo se lo debe a usted.

Con el paso de los años, él tendrá otras necesidades que exigirán mayores recursos económicos para cubrirlos...

Y si para entonces, usted ya no está... quién va a proporcionar esos recursos...? EL SEGURO DE VIDA...!

Sólo un Seguro de Vida puede prolongar la protección que hoy tienen a su lado, aún cuando usted se haya ido.

Consulte a un Agente Profesional de la Aseguradora Hondureña y suscriba el plan que permitirá a sus hijos decir siempre...

GRACIAS PAPA!

 aseguradora
hondureña s.a.
tiene el seguro adecuado para usted.

sonas le habían contestado con un gesto de mala voluntad...

—No se parecen a mis gentes —pensaba Antonio—. En la ciudad todo es diferente, todo es más difícil...

Los pies le dolían, y en el estómago empezaba a sentir unas punzadas a consecuencia del hambre. Vió una pulpería y hacia allí dirigió sus pasos para comprar algún alimento. Y mientras comía, pensaba en sus problemas... Sus ojos azules parecían ausentes... Un mechón rebelde le caía sobre la frente y en su semblante parecía que había empezado a apoderarse el temor, el desconsuelo.

—Todo es tan difícil aquí, se repetía... Pero tan pronto acudió a su mente aquel pensamiento, alzó la cabeza con gesto soberbio y arregló el mechón.

—No debo ser débil. Si he venido aquí es a luchar.

Brillaron intensamente sus ojos azules. Ya había pasado el minuto de debilidad... Seguiría adelante.

Y se levantó y continuó caminando por las empedradas calles. Aquella noche se acostó muy cansado, pero no por eso se olvidó de rezar. Su madre lo había enseñado a orar desde muy pequeño y jamás se iba a la cama sin antes encomendarse a Dios, por cansado que se sintiera.

—Cuida de mi madre, Señor, y ayúdame en esta ciudad extraña donde no conozco a nadie.

Minutos después dormía profundamente y a él acudieron sueños maravillosos. Se veía vestido con un uniforme impecable, rodeado de compañeros y de libros, los que leía con avidez... Pero con el amanecer del nuevo día, los sueños se esfumaron y la dura realidad volvía a ser clara. Era urgente empezar a trabajar. Tenía que lograrlo. Ese mismo día empezaría buscarlo antes de encontrar a doña Juana. Le habían dicho que en alguna gasolinera podía encontrar... Iría a la primera que encontrara, o a todas si fuera necesario.

Abstraído en sus pensamientos iba caminando por la calle cuando vió que a un señor se le caía el bastón. Presuroso y cortés se agachó a recogerlo y se lo devolvió a su dueño... El señor, antes de darle las gracias, lo quedó observando con mucha atención y a la vez con sorpresa. Después le dijo:

—Gracias hijo. Gracias por tu atención.

—No me dé las gracias, señor. No fue nada.

Los ojos azules de Antonio miraban de frente y con amabilidad, y esto impresionó al señor.

—¿Cómo te llamas muchacho?

—Antonio. Antonio Ruiz, para servirle.

—Antonio. Un nombre bonito.

—Gracias.

—Es la verdad... Pero dime hijo, ¿dónde vives?

—Por ahora estoy en una pensión, pero creo que luego me cambiaré de allí

—Entonces ¿no vives aquí?, comentó intrigado el buen hombre.

Acabo de llegar de Olancho. De una aldea ¿sabe usted?... Vine aquí porque quiero seguir estudiando. Quiero luchar para hacerme un hombre instruido.

¡Bravo muchacho!... Has escogido el camino correcto. Te felicito.

—Muchas gracias señor.

—Pedro Valle.

—Muchísimas gracias don Pedro... Ahora le ruego que me perdone. Ando de prisa porque busco trabajo. Me urge encontrarlo. He preguntado y me han informado de algunos.

—Un momento jovencito. No tan de prisa. Venga conmigo a mi casa que allí almorzará usted este día, en compañía de este viejo testarudo.

—Pero señor, ya le dije que necesito...

—No siga por ese camino. Ahora mismo me acompaña y después que almorcemos, hablaremos sobre trabajo.

—Sobre trabajo ha dicho? interrogó Antonio un tanto asombrado.

—Sí jovencito. ¿No es ese su propósito?

—Sí señor, pero no quisiera...

—No hay peros que valgan con este viejo testarudo. Andando ahora mismo.

Y sin darle tiempo a negarse, don Pedro lo llevó a su casa aquella misma mañana, donde después de almorzar y para sorpresa de Antonio, el dueño de la casa —don Pedro— le ofreció que se quedara a trabajar en su casa.

—Te encargarás de hacer los mandados cuando salgas del colegio, le decía.

¡Pero si usted no me necesita!, protestó Antonio.

—Usted solo lo hace por ayudarme. Yo quiero trabajar, pero trabajar de verdad.

—Eres orgulloso. Eso demuestra que tienes un gran carácter y me gusta..., guardó silencio por un breve segundo antes de continuar.

Pues bien, si tanto deseas trabajar, aquí hay trabajo de sobra. Te encargarás de limpiar el jardín ya que el jardinero se fue desde hace un mes. Ven. Asómate a esta ventana y mira este jardín... Parece una selva. Es un trabajo pesado, pero es lo que quieres, ¿Verdad?

—Usted lo ha dicho. Necesito saber que lo que gano no me lo están regalando. Me decía un viejecito de mi aldea que el dinero bien ganado es aquel que cuesta el sudor de la frente. Si he de trabajar en el jardín, en ese caso...

—En este caso Antonio, esta misma tarde traerás todas tus cosas para aquí. Dolores, la sirvienta, en cuya compañía vivo en este caserón, se encargará inmediatamente de arreglarte un cuarto.

Antonio iba de asombro en asombro. Don Pedro tomaba decisiones rápidas... Nunca se imaginó verse instalado en una casa tan elegante, ni en ser huésped de un señor tan distinguido y bueno. Aquello era un milagro. Su oración había sido escuchada por Dios. El le había ayudado... Le escribiría a su madre y a don Manuel aquella misma noche para darles la buena noticia...

Los días transcurrieron con vertiginosa velocidad y pronto se inició el período de clases. Para Antonio, aquel era su primer día de clases en un colegio de la capital... Estaba emocionado. Parecía bien con el uniforme del Instituto Central, y con aquellos libros bajo el brazo.

—¡Ah! —pensó—. Si me viera mi madre... Pero mejor se lo contaré por carta.

Antonio, igual que en la primaria, fue un estudiante brillante desde el primer día de clases. Había nacido dotado de una inteligencia poco común. Le gustaba todo lo que le enseñaban. Amaba los libros y era lector insaciable. Sin embargo, no faltaba quien lo molestara por el simple hecho de no haber nacido en la capital.

En cierta ocasión, cuando ya cursaba el cuarto de magisterio, y a raíz de una contestación más brillante que la pregunta que le hiciera un profesor, éste lo quedó mirando un tanto enfadado, y después le preguntó:

—¿Es cierto que usted es de Olancho?

—Si profesor. A mucha honra.

—Me habían dicho que en Olancho solo habían indios, pero ya veo que hay sus raras excepciones...

Los ojos de Antonio se tornaron más azules por el coraje del momento, y a sus mejillas afluyó la sangre dándoles un tinte rosado encendido.

—En Olancho profesor, como aquí en este departamento y en otros de Honduras, tenemos personas de todos los tipos y de todos los colores. Allá todavía hay descendientes de nuestros ancestros y ellos son honra para nuestro departamento; pero también hay descendientes de la raza que vino a colonizarlos.

—También tienen fama de violentos y veo que tienen razón quienes lo aseguran. Por eso es que se matan a cada rato. Son malos los olanchanos.

A estas últimas palabras del imprudente maestro, Antonio contestó:

—En cuanto a esta aseveración, debo decirle que allá como en todas partes del mundo, no todas las personas son malas, así como tampoco to-

das son buenas. Dios es el único que sabe hacia qué lado se inclina la balanza.

El profesor no supo qué decir. Se había quedado perplejo. Había querido jugarle una broma pesada al muchacho, y había salido trasquilado —como dice un refrán muy conocido—.

Un año después, Antonio escribía:

“Querida mamá:

Al caer la tarde de este día, le estoy ofreciendo el mejor regalo que en cinco largos años de continuos desvelos, había estado buscando. Se trata de mi primer triunfo mamá, mi título de maestro...

Un triunfo que más que mío es suyo, a usted le pertenece... A la madre que se merece todo, ya que se ha sacrificado tanto... También se lo dedico a mi buen amigo: don Manuel, quien ha sido como mi verdadero padre. Y a la memoria de mi benefactor, el inolvidable don Pedro, a quien Dios tenga en su reino... Porque, ¿sabe mamá? él murió hace dos años. Su recuerdo estará siempre conmigo, ya que tanto le debo. Estos dos últimos años han sido para mí los más difíciles. He trabajado y estudiado a la par, pero he aprendido mucho. Quien pasa por lo que yo, se hace hombre de verdad en menos tiempo que otros. Pero no me arrepiento porque ahora ya nada me asusta. Estoy preparado para todas las miserias de la vida, para afrontar cualquier problema.

Dentro de poco empezaré a trabajar en mi profesión y entonces madre, usted vendrá a mi lado para siempre. La necesito. Su recuerdo ha estado conmigo a todas horas durante este largo tiempo. Pero ya es tiempo que la tenga junto a mí no solo en el recuerdo... Hasta muy pronto madre mía. Un fuerte abrazo para don Manuel.

Antonio”.

En la pequeña aldea, la noticia de la graduación de Antonio voló como el relámpago.

—¡María! ¿Es cierto que ya se hizo maestro Toñito?

—Si doña Lola. Mi hijo, mi hijo Toñito es ya un señor maestro.

María lo repetía con emoción, con orgullo.

—Y eso solo es el primer paso —opinó don Manuel—, con voz temblorosa y agregó:

—Yo siempre dije que tu muchacho prometía mucho. Hubiera sido un pecado dejarlo aquí. En esta aldea no enmarcaba, este no era su ambiente. Toñito tenía que ser algo más que un rudo labrador...

¡Maestro!... ¡Toñito es un maestro!, guardó silencio. De sus cansados ojos brotaron dos lágrimas que el anciano no se preocupó por secar.

—Ahora ya puedo morir tranquilo... Ese muchacho ya empezó a triunfar y no parará has-

ta lograr lo que se ha propuesto... ¡Es todo un hombre!... En las cartas que me ha escrito, siempre me dice que no se olvida de nosotros, de su gente, de su aldea.

Al oír las palabras del anciano, los rostros enjutos de mujeres y hombres brillaban con una nueva esperanza que tenían en aquel muchacho. Confiaban en que él lograría remediar en parte toda aquella montaña de calamidades que habían visto desde su nacimiento y aún continuaban entre ellas.

—¿Es cierto que va seguir estudiando?

—¿Y es verdad que te vas para onde él?... éstas y muchas preguntas hacían los vecinos a María.

Sí, me iré a donde mi hijo, pero no me olvidaré de ustedes ni de esta tierra querida. Yo nunca he salido más allá del pueblo. Aquí nací, aquí me crié y aquí me he hecho vieja. Nunca podré olvidar mi lugar.

—Me gustaría que Toñito estudiara para doctor. Así ya naide se moriría de la peste. Opinó la viejecita Carmen y agregó: Cuánta gente se muere sin remedio cuando da esa condenada peste!

Cada cual y a su manera, daba su opinión sobre lo que Antonio debía estudiar.

Y mientras este revuelo tenía lugar en la pequeña aldea, allá en la capital, el sol había declinado en el horizonte y las luces de la ciudad brillaban como estrellas.

En la penumbra de un rincón del parque La Leona, una figura arrogante se recostaba indolente sobre el barandal. Era la figura masculina de Antonio, que a aquella hora se sentía sentimental, nostálgico.

—¡Cómo pasa el tiempo! —pensaba—. Hace ya cinco años que vine a esta ciudad por primera vez... Fue este parque el primero que conocí cuando desesperadamente trataba de encontrar a la comadre de don Manuel... ¡Qué diferente es todo ahora!... En aquel entonces era solo un muchacho asustadizo y desorientado. Ahora ya soy un hombre, ya tengo una profesión y un trabajo seguro, y más que todo tengo el carácter bien formado. Soy testarudo, no me dejó vencer fácilmente. Seguro que me servirá para lograr mis propósitos... Tengo que lograr una profesión universitaria, la más adecuada, la que permite luchar por los míos, por los humildes campesinos que esperan ansiosos el día de su redención... No presumo convertirme en su redentor, sería petulante, pero sí pretendo luchar por hacer que aquellos a quienes corresponde, se acuerden de remediar los males, de cubrir las necesidades primordiales de las masas campesinas, hasta hoy olvidadas a su suerte...

Los pensamientos desfilaban raudos. Uno a uno recordaba todos sus pasos. Recordó su infancia.

cuando su madre y él apenas tenían para comer y para medio vestir. Recordaba que había sido un niño descalzo, pues lo poco que su madre ganaba no alcanzaba para zapatos. No había olvidado aquel episodio del día en que calzó sus primeros zapatos... Después vino a su mente la despedida de su tierra, de sus amigos, el rostro compungido de su madre, y aquel cuadro de miseria, de dolor y muerte que observara en la posada del camino.

—Me gustaría ser médico para luchar con la muerte y arrebatarle de las manos la preciosa vida de los pobres campesinos..., pero poco podría ayudarles; sería la lucha de un solo hombre y no es eso lo que quiero.

Se quedó contemplando las luces de la ciudad, que desde La Leona parecía un bello nacimiento adornado con luces multicolores... Antonio continuó inmóvil durante mucho tiempo, pensando, hilvanando sus pensamientos.

Me gusta el Derecho... Me gustaría estudiar esa carrera... Así tendría lugar de conocer a fondo las leyes de mi país y de esa manera podría defender los derechos de los pobres...

Sus pensamientos hicieron un alto.

—¡Claro!... ¡Cómo no lo había pensado antes?... ¡Descubrí mi vocación!... Es la mejor carrera para luchar por la justicia social.

Su rostro se distendió en una amplia sonrisa plena de satisfacción porque al fin había encontrado el camino buscado.

Un aire fresco había empezado a soplar y Antonio lo respiraba a todo pulmón... Estaba muy contento...

Y tres meses más tarde, Antonio hizo su ingreso a la universidad.

Para aquel entonces ya se hallaba a su lado la madre amada, quien había acudido presurosa al llamado de su hijo... Estaba más vieja, pero su espíritu, aquel que había heredado Antonio, no decaía. Se conservaba intacto.

Me parece un sueño que estemos juntos, hijo. Te veo y no lo creo.

—Pues tiene que creerlo mamá. Después de cinco años de separación, estamos otra vez juntos.

—Te miro y te miro y me cuesta creer que sos el mismo porque estás hecho un hombre... Todavía me acuerdo del día que te veniste. ¡Eras tan jovencito! Entonces te llamaba Toñito... Ahora ya ni me atrevo. Ya eres hombre, y además, todo un señor maestro.

—No para usted mamá —interrumpió Antonio—. Para usted soy su hijo y nada más.

Madre e hijo se querían mucho. Ambos demostraban el placer de encontrarse nuevamente reunidos...

Cual cuentas de rosario, pasaban los días y los meses, y Antonio aprovechaba cada minuto para trabajar y estudiar. Se empapaba en los li-

bros y acudía a cuanto amigo tenía, en busca de libros que le ayudaran a completar sus conocimientos. Era un magnífico estudiante y con ideas propias. Muy pronto fue sobresaliente entre sus compañeros universitarios.

En cierta ocasión uno de sus amigos le preguntó:

—Oye, ¿por qué te esfuerzas tanto?... Yo no veo la prisa de estudiar día y noche como lo haces tú. Un curso se puede ganar en dos años.

—Tú puedes hacerlo —respondió— lo mismo todos aquellos que tienen dinero y tiempo de sobra. Yo no tengo ni lo uno ni lo otro y por eso debo aprovechar al máximo.

—Pues allá tú. Yo en tu lugar no me mataría estudiando. El mundo no se termina hoy.

—Es que tú no has visto la miseria como la he visto yo. Tú no has visto morir a un ser humano sin que sus familiares hayan podido darle ni una aspirina, por no tener dinero o porque no se halla donde comprarla, y lo que es peor, porque en varios centenares de kilómetros no se encuentra a un médico.

—Aún así no le veo la relación. Además, yo no creo que sea posible tanta miseria.

—Desgraciadamente lo es, amigo, pero para creerlo hay que haber vivido allí donde se anidan todas esas tragedias. Tu duda tiene su justificación, pues las personas que siempre han vivido en la ciudad, ignoran la verdadera situación de las masas campesinas.

—No del todo. Aquí también hay gente muy pobre sobre todo en los barrios. lo que sucede es que para la mayoría, incluso para mí, estos problemas sociales pasan inadvertidos.

—Alego— continuó Antonio—, que el pobre de las ciudades no lo es tanto como el campesino, ya que el primero goza de la asistencia médica de los hospitales de beneficencia; del beneficio de las escuelas y colegios para pobres... El pobre campesino no goza de ninguno de estos privilegios. A éste lo persigue la ignorancia, el dolor. No es justo... Yo me he propuesto dar a conocer esta miseria ante los ojos de quienes corresponda. Me he propuesto luchar para que se haga algo que alivie las miserias de esta gente.

—Como vas a lograrlo, no lo sé.

—Primero tengo que empaparme en ésto— lo dijo señalando el libro que tenía en las manos. Todo ser humano tiene derechos y deberes, sólo que se les exigen los deberes, pero se les niegan sus derechos. Creo que ambas cosas deben ir a la par. ¿Tú que opinas?

—Igual viejo. Te repito que no sé como lo lograrás. En el mundo, desde que fue mundo, siempre han existido el rico y el pobre. Querer cambiar esta estructura social es difícilísimo, por no decir imposible.

—No me has entendido. No pretendo que todos seamos ricos... Pretendo que haya justicia social.

—Viejo, mejor no sigamos hablando de este asunto. Soy feliz así como estoy: sin complicaciones de ninguna clase.

—Una posición muy cómoda —replicó Antonio— la que adopta la mayoría cuando tiene solucionados todos sus problemas.

—Que le vamos hacer, así es la vida. Nos veremos ¿he?... —y se alejó silbando tranquilamente.

Antonio masculló:

—Qué va comprender quien ha nacido en pañales de seda. Que va comprender quien ha tenido siempre todo en abundancia... y menos para que lo comprenda un majadero.

Poco a poco Antonio empezó a hablar de sus ideas. Poco a poco logró que muchos de sus compañeros universitarios se interesaran en ellas. La mayoría la componían muchachos de cuna humilde como él, quienes a base de mucho esfuerzo habían llegado hasta la universidad; pero también había entre ellos jóvenes de clase adinerada. También estos se interesaban por aquellas ideas que algunos señalaban como revolucionarias.

Un buen día, cuando ya les faltaba poco para graduarse de abogados, y aprovechando unas vacaciones, un buen grupo de universitarios encabezados por Antonio, dispusieron visitar el departamento de Olancho.

Por aquel entonces, la carretera de acceso ya había llegado hasta la cabecera. Durante el recorrido hasta Juticalpa, los muchachos pudieron admirar los inmensos bosques de pinares que bordean el camino, prados cubiertos por una vegetación exuberante donde crecían grandes robles y quebrachos, inmensa variedad de preciosas orquídeas. Luego, ante sus ojos se presentó un escenario diferente: Sobre el extenso valle se deslizaba tranquilo y majestuoso, el maravilloso río de las aguas purísimas y de las arenas de oro: el Río Guayape. ¡Era maravilloso todo!... Al llegar a Juticalpa consiguieron caballos para visitar algunos pueblos y aldeas y en especial el pueblo y aldea donde naciera Antonio. Se provisionaron de suficiente comida y de un botiquín de emergencia, y luego emprendieron el viaje. Era el amanecer del día siguiente. La brisa de la mañana, daba a sus rostros jóvenes la frescura de las colonias caras.

A aquella hora el canto de los pájaros era una serenata vespertina. Aspiraban a todo pulmón la fragancia de la hierba fresca que pisaban los cascos de los caballos. Luego vieron que allá a los lejos, el sol ponía su tinte dorado a las serranías.

¡Nunca había visto un amanecer tan hermoso! comentó uno de los muchachos.

—¡Es un panorama maravilloso! comentó otro.

—Y yo agregaría que variadísimo. Tan pronto se cruza por agrestes montañas, como se descende por verdes y apasibles llanuras. ¡Es precioso! Antonio guardaba silencio. Gozaba oyéndolos hablar porque él adoraba aquella tierra que fuera la de Froylán Turcios. No fue sino hasta que calló el último, que con un suspiro prolongado, se atrevió a comentar:

—Pero lo que ustedes no imaginan es que en medio de este paraíso se esconda tanta miseria.

Siguieron caminando en silencio. Pronto divisaron dos humildes casitas y decidieron llegar a una.

—Ahora podrán comprobar en parte que lo que les aseguro es cierto. Unos minutos después estaban frente a la casa. Muy aseada, desde el patio bien barrido, pero se adivinaba la miseria de dentro. Se veía en las caras de los desnutridos niños que llenos de curiosidad y un tanto asustadizos, salieron a ver quienes eran aquellos desconocidos.

Antonio habló primero.

—Muy buenos días señora.

—Buenas días señor. Pase adelante.

—Gracias señora, solo andamos haciéndole una corta visita. Venimos de la capital, mis amigos y yo. Ellos andan conociendo.

—¿Usted ya conocía aquí señor?

—Sí, señora. Nací en esta tierra, en una aldea no muy lejos de este lugar, pero desde hace nueve años resido en la capital.

—Con razón nunca lo había visto.

Mientras Antonio platicaba con la dueña de casa, sus compañeros contemplaban con mirada triste toda aquella miseria: niños desnutridos, llenos de parásitos. Dentro de la humilde morada; casi nada, por no decir nada. Sobre un fogón de tierra una sola olla, demasiado pequeña para contener suficiente alimento para las personas que allí vivían.

La humilde mujer les contó que la cosecha de frijoles no iba a ser buena porque no había llovido a su tiempo. Habló de la extraña enfermedad que había matado a sus tres cerdos y de otras cosas por el estilo. Después de un rato de conversación, se despidieron.

Los amigos de Antonio salieron cabizbajos. Empezaron a comprender cuanta razón tenía éste para querer ayudar a aquellas gentes.

Unos kilómetros más allá, encontraron a dos campesinos quienes se dirigían a su trabajo. Antonio les explicó:

—Estos hombres se levantan a las cuatro de la mañana. Toman una taza de café, a lo sumo, un

par de tortillas con un huevo o frijoles, y con eso van al trabajo.

—¿Y hasta qué hora trabajan?, preguntó uno.

—Casi siempre hasta que el sol declina en el horizonte. En las alforjas que cargan sobre sus espaldas, llevan su almuerzo consistente en otras cuantas tortillas, huevos o frijoles; y como postre un pedazo de dulce de rapadura como se llama por aquí a la panela. Si acaso, una vez a la semana la mujer se encarga de llevarle el almuerzo al trabajo. Es el día que come carne.

—¡Pero eso no es posible!... Yo me agotaría en un mes.

—Te acostumbrarías. Objetó Antonio. Pero tu organismo sufriría las consecuencias. Observa a tu alrededor. En todos estos caseríos notarás que la mayoría de la gente presenta síntomas de desnutrición; parecen seres eternamente cansados. Es como si la risa hubiera huido para siempre de su boca.

—¿Y por qué no se alimentan mejor, sembrando variedad de frutas y verduras?... Opino que en parte es que son haraganes, pues he observado que casi todas las casas tienen un solar completamente baldío en la parte de atrás, y así como siembran flores en el frente, podrían sembrar hortalizas o árboles frutales.

—Escucha —dijo Antonio—, No olvides que la miseria va íntimamente ligada a la ignorancia en que siempre ha vivido esta pobre gente. Estoy de acuerdo contigo en que así como siembran flores podrían sembrar hortalizas, podrían acostumbrarse a sembrar algo más que frijoles, plátanos y yuca, pero al campesino si no hay quien lo instruya en tal sentido, la idea no se le ocurre.

Las flores las siembran por imitación, porque por generaciones lo han hecho así; igual tienen la costumbre de mantener aseados los patios y blanqueadas las paredes de sus casas, pero de esto a lo otro hay mucha diferencia... Esta gente necesita toda la atención de nuestros gobiernos y clases sociales. Hay que traerles las vías de comunicación, fundarles escuelas, hospitales, centros de orientación y de capacitación. Por ello mi empeño y por ello también los he traído hasta aquí, para que vean con sus propios ojos y aprecien en toda su magnitud, la tragedia de nuestro campesino... Para que juntos luchemos por ellos, por la clase campesina que ha permanecido olvidada por años... Por esta clase que ha esperado por tantos años y cuya esperanza solo renace con la llegada al poder de cada nuevo gobierno. Pero el tiempo pasa y miren ustedes lo que se ha hecho por ellos. ¿No les parece que es urgente hacer conciencia en aquellos que tienen la obligación de velar por los hondureños... .

—Te ayudaremos Antonio. Ahora ya no será tu lucha. Será nuestra lucha y la lucha de nue-

chos de nuestros compañeros y personas de buena voluntad.

Al atardecer de aquel día, Antonio y sus amigos llegaban a la aldea que había visto nacer a Antonio y a sus antepasados... Allí, rodeada de colinas y serranías, se extendía la verde llanura donde estaba enclavada la bonita aldea arrullada por el susurro de las cristalinas aguas del Río Telica.

Desde lo alto de una colina Antonio detuvo su caballo e hizo señas a sus compañeros para que lo imitaran. Todo su ser estaba emocionado...

Después de largos años volvía a ver su aldea, su tierra querida, aquella tierra que lo había visto crecer... Allí, a unos pasos estaban las personas que había querido de pequeño, aquellas humildes gentes que eran parte de su vida... ¿Lo reconocerían fácilmente?, pensaba.

—¡Qué bonita aldea, Antonio!

—Posee todas las características de un ensueño! Los pinceles de un Leonardo de Vinci no encontrarían mejor inspiración para plasmarla en un lienzo!

—Vista bajo esta luz crepuscular, ¡Qué poeta no le cantarí!

—Esta es mi aldea!, lo dijo con orgullo.

Hasta entonces había permanecido callado, ensimismado en sus pensamientos, escuchando los comentarios de sus amigos.

—Está igual... Así la recordaba como ustedes la han descrito: ¡cómo un sueño! ¡cómo un poema! ¡cómo una bella pintura!...

Apresuraron el paso de los caballos hasta llegar a las primeras casas. Unos niños que se hallaban jugando, fueron los primeros en descubrir su presencia y corrieron a informar a su mamá.

—¡Vienen unos hombres para acá!... ¡Unos hombres que no son de aquí! Las mujeres salieron arreglándose el delantal.

—¡No puedo creerlo! exclamó con asombro la que parecía ser la abuela de los niños. Uno de esos hombres que se acercan es Toñito, el hijo de María!... Ha cambiado mucho pero esta vieja no se equivoca tratándose de Toñito... es él mismo en persona... ¡corrre muchacho! ¡Andá a decir a todas las casas que ha vuelto Toñito.

Y a este mandato obedecieron todos los niños que estaban allí, moviéndose tan rápido como se los permitían sus ágiles piernas.

Mientras tanto, Antonio y sus amigos habían terminado de llegar... Con emoción infinita saludó a todas las personas conocidas, las mayores y jóvenes de su edad.

—¡Doña Lola! ¡Cuánto gusto de verla!

—Toñito!... ¡hijo!... ¡No puedo creer lo que ven mis ojos! Decime que no estoy soñando, que no es mentira que te vea aquí.

—No lo es doña Lola. Estoy aquí con unos

amigos a quienes tengo el gusto de presentarles: Esta buena señora es doña Lola; buena amiga de mi madre y mía; ellos son: Juan, Pedro y Manuel.

—Mucho gusto señora.

—El gusto es mío jovencitos. Pero pasen, pasen ustedes a mi humilde casa. Toñito tiene la culpa para que me olvidara de pasarlos.

Y mientras les ofrecía asiento, se quitaba el delantal y con el sacudía las sillas que les ofrecía.

Uno a uno fueron llegando los vecinos. Estaban contentos por la llegada de Antonio. Se habían hecho presentes todos, menos aquel anciano tan querido por Antonio, aquel anciano que había sido para él como un padre cariñoso... Faltaba don Manuel, el anciano que en aquella mañana lo despediera con lágrimas en los ojos, pero con todo un mundo de esperanzas puesto en él... Don Manuel ya no estaba allí... Había dajado la tierra para remontarse a las eternas regiones de lo desconocido...

Le hacían preguntas. Querían saber si volvía para quedarse. Querían saber de María... Algunos le llamaban señor licenciado. María había escrito diciendo que su hijo ya iba a ser licenciado.. Antonio replicaba:

—Por favor, no me llamen con tanta ceremonia. Para ustedes sigo siendo Antonio. El mismo muchacho que creció entre ustedes.

La humildad del muchacho les daba confianza. Era el mismo que habían visto crecer, solo que ahora era todo un hombre, un hombre educado y muy distinguido, pero seguía siendo bueno y sin orgullo.

Los humildes campesinos llevaron muchos obsequios a los visitantes, y no faltó quien propusiera dar una fiesta en su honor, pero ellos prefirieron descansar.

Se instalaron en la que había sido casa de María y Antonio, para entonces propiedad de Luis el hijo de don Manuel. Desocuparon la casa solo para ellos ya que Luis se sentía satisfecho y orgulloso de alojar bajo su techo al querido Antonio. El y su familia ya se las arreglarían en casa de sus parientes.

Cuando ya estaban instalados y dispuestos a descansar, Pedro, el más revoltoso de los cuatro, comentó:

—Por qué no aceptaste lo de la fiesta? A mi no me desagradó la idea. Hubiéramos pasado una velada estupenda.

—No lo creas. No sería la clase de fiestas a las que estás acostumbrado, respondió Antonio.

—Mejor que mejor. Siempre es buena la variedad. La rutina aburre.

—Pero no esta clase de variedad. A la que me refiero no creo que te guste. Las fiestas de por

78 municipalidades en los 18 departamentos del país han ejecutado proyectos específicos de desarrollo mediante el financiamiento del

BANCO MUNICIPAL AUTONOMO.

Otras municipalidades de Honduras podrían realizar iguales o similares proyectos, si usted, con recto sentido del patriotismo, abre una cuenta corriente o de ahorro en ésta Institución.

Su dinero, en depósito de ahorro, le producirá intereses al 4% anual y usted estará contribuyendo a la prosperidad integral de su patria.

CAFE MAYA



Producto que a fuerza de calidad se impone en todo el territorio nacional.

Dirección Carretera Suyapa.

Teléfono: 2-9400

REPRESENTACIONES INDUSTRIALES

PRADO

DISTRIBUIDORA DE PRODUCTOS ALEMANES

PRODUCTOS GRAFICOS
PAPELERIA EN GENERAL
MAQUINARIA

ESPECIALIDADES QUIMICAS
Y FARMACEUTICAS

**CONDICIONES FAVORABLES DE
FINANCIAMIENTO PARA FIRMAS
ESTABLECIDAS EN EL PAIS.**

SANTA ROSA, COPAN.

aquí como en la mayoría de los lugares del medio campesino, a veces terminan en tragedia. ¿No lo sabías?

—Te refieres a pleitos?

—Lamentablemente, sí. Tengo un recuerdo muy doloroso de meses antes de marcharme. Hubo una fiesta y el triste saldo fue de dos muertos y varios heridos. Por aquel entonces era aún muy joven, pero con la suficiente edad para comprender. No he podido olvidar el llanto de aquellas pobres mujeres que en forma tan estúpida perdieron en un instante a sus seres queridos.

—Lo que demuestra que desde muy pequeño fuiste demasiado sensible al dolor ajeno.

—Se es sensible cuando la muerte se lleva a personas queridas. Yo los conocía a los dos. Ambos eran buenos muchachos. Muchas veces me habían acompañado en el camino hacia la escuela, cuando mi madre no podía hacerlo... Aquella noche alguien tomó más de la cuenta —según decían los rumores—, principiar la discusión y sacar las pistolas, la cosa fue de minutos. El resultado fue aquel doloroso cuadro, la desgracia para sus familiares y la terrible enemistad que sobrevino entre ambas familias; enemistad que según me contó mi madre, perduró por mucho tiempo.

—¿Entonces es cierto lo que se comenta allá en la ciudad que por estos lados las cosas se arreglan a machete o a pistola?

—En muchas ocasiones así es, pero ellos no tienen la culpa. No es que sean malos. Culpable es la ignorancia en que han vivido. Culpables son los que teniendo la obligación de desterrar la ignorancia hasta del último rincón de nuestro suelo, no lo han hecho. Para que me entiendan mejor les pintaré un cuadro muy verídico. En la vida, es rara aquella persona que nunca haya tenido un choque, una contrariedad con otras —a excepción de los santos desde luego—, pero cuando esto ocurre entre personas de un alto nivel cultural, ambas saben dominarse y el asunto no llega al insulto grosero, ni mucho menos a las manos o más allá. Cuando se trata de personas de mediana cultura, también saben controlarse, pero la más inculta tratará de ofender a la otra aunque sea valiéndose del chisme barato. Pero si el problema surge entre personas con escasa o ninguna cultura, entonces se llega al extremo. Tú sabes que el hombre ignorante en poco se diferencia de un irracional. No sabe dominar sus pasiones, sus rencores. Actúa conforme a sus instintos. ¿Se le puede tachar de malvado?

—Viéndolo desde ese punto de vista creo que no... Te aseguro que cada vez me convenzo de que en todo tienes razón. Cada vez comprendo mejor que luchas por una causa justa. Cada vez te admiro más.

—No es para tanto hombre. Comentó Antonio tratando de restarle importancia.

Al día siguiente visitaron algunos hogares donde vivían viejas amistades de Antonio, y llegaron hasta el pueblo. Allí visitaron la escuela donde aprendiera Antonio sus primeras letras. Como era época de vacaciones, los niños no llegaban a la escuela pero el director se las mostró y les explicó de las necesidades de la misma, incluso carecía de suficientes asientos para los niños.

Antonio recordó su infancia y quiso saber si aún algunos niños tenían que caminar muchos kilómetros para asistir a la escuela en busca del pan del saber.

—En ciertas partes sí —contestó el maestro—, en su aldea por ejemplo, hay una escuela, pero funcionan los tres primeros grados. Aquellos niños que desean terminar su primaria tienen que venir hasta aquí. Pero hay otras aldeas que todavía no tienen escuela y en donde no funciona ni el primer grado y entonces estos niños con ansias de saber, caminan hasta la aldea próxima distante cinco, seis, y hasta siete kilómetros.

Así transcurrió toda aquella mañana. Los muchachos investigaban, y se daban cuenta de la montaña de problemas que había que resolver con urgencia en beneficio de aquellos campesinos.

Regresaron a la aldea, no sin antes haber disfrutado el placer de darse un baño en las aguas del Río Telica.

—Este río —comentaba Antonio—, es un afluyente del Guayape. Este, como todos los que lo forman, tienen arenas auríferas.

Y recogían con placer un puñado de arena, para mostrarla con orgullo a sus amigos.

—¿Es precioso todo esto!.

—¿Verdad que sí?... y sumergía en el agua su cuerpo de Adonis, para reaparecer unos metros adelante.

Se divertían tratando de alcanzarse o tirándose agua.

—Me contaba un anciano de esta aldea, el único que en aquella época logró terminar su primaria y conocer más allá de esas serranías, que cuando el Río Guayape y el Jalán se unen formando el Patuca, es algo impresionante. ¡Parece un mar!... Solía decirme.

—Sus riberas deben ser muy fértiles.

—Aseguran los que conocen que es tanta la fertilidad, que no se pierde una sola semilla que se arroja en esta tierra. ¡Lástima que la parte más fértil de este departamento permanezca aún inexplorada por falta de vías de comunicación. Es en esta parte de Olancho donde según la leyenda, bajo sus selvas vírgenes permanece oculta la mag-

nifica Ciudad Blanca, que fuera edificada por los toltecas o los olmecas y luego abandonada.

—Oye Antonio, y el famoso volcán El Boquerón, ¿dónde queda? —Solamente sé que queda cerca de Catacamas. Me apena confesarlo pues a pesar de ser estudiante universitario, conozco muy poco de mi Patria.

—No te apenes. A la mayoría nos sucede igual. No creas que yo conozco más que tú. Ya te he contado que de niño nunca salía más allá del pueblo. Mi primera salida fue para la capital. Y te aseguro que a la mayoría de los hondureños les sucede otro tanto. Desconocemos lo que tenemos por falta de vías de comunicación. He ahí mi empeño en que me acompañaran en este viaje, pues no es lo mismo ver con sus propios ojos, que saber por boca de otro... ¿Se imaginan ustedes todo este hermoso y extenso departamento cruzado de carreteras?... Desde el norte hasta el sur, desde el este hasta el oeste. Se podría apreciar este paisaje en toda su magnitud, y entonces Froylán Turcios y Alfonso Guillén Zelaya estarán contentos, y su poesía volverá a nacer para ensalzar la belleza y grandeza de su tierra natal.

Aquel día fue el último de su permanencia en la aldea. Al amanecer del día siguiente, emprendieron el regreso a Juticalpa y luego a la capital.

Los compañeros de Antonio regresaban con una verdad: la de que Antonio tenía razón, que era urgente hacer conciencia en quienes correspondía, que debían actuar rápido para desterrar la ignorancia, la muerte y la miseria de entre aquellos hondureños que por muchos años habían permanecido en el más completo de los olvidos.

Tenían que empezar a trabajar y cuanto antes. ¿Cómo hacerlo?... Primero tenían que convencer a otros estudiantes, jóvenes que como ellos estuvieran dispuestos a luchar por hacer de Honduras un país de maravillas. Y aquel fue el principio. Algunos no les hacían ningún caso, antes bien se reían y los tildaban de locos, pero en la mayoría habían encontrado eco.

Cuando nuevamente se inició el período de clases, dispusieron reunirse todas las tardes para intercambiar ideas y hacer proyectos, aunar esfuerzos y criterios con el fin de dar a conocer en forma amplia, las urgentes necesidades que había que resolver a la clase campesina.

Pero aquellas sanas reuniones, pronto empezaron a ser mal vistas por ojos envidiosos y se empezó a tejer la telaraña de la intriga y la maldad, para de aquel modo poner fin a todos aquellos sueños de grandeza para la Patria, que unos cuantos de sus buenos hijos habían proyectado realizar.

Octavio, pésimo estudiante, siempre había sentido envidia por Antonio, fue el primero en sembrar la semilla de la intriga.

—Es un movimiento de insurrección contra el

gobierno. Murmuraba al oído de aquellos que hasta entonces habían permanecido indiferentes.

—¿No los has oído hablar?

—No, respondía el otro intrigado.

—Pues debías ir a escucharlos cuando celebran sus famosas reuniones. Hablan de luchar por una justicia social, hablan de indiferencia hacia las masas campesinas. Hablan de exigir al gobierno.

—¡Puros comunistas!, murmuró otro.

—Tenemos que actuar y parar ese movimiento antes que vaya demasiado lejos ¿no les parece?

—Tienes razón, Octavio. Quienes somos leales al gobierno no debemos cruzarnos de brazos sin hacer nada por detenerlos. Debemos vigilarlos y para lograrlo, nada mejor que hacerles creer que estamos de su parte, que comulgamos con sus ideas. Así no tendrán reparo en comunicarnos todos sus planes.

De esta manera, la maligna telaraña se enredaba alrededor de los buenos patriotas, sin que ellos lo sospecharan.

Aquella tarde del mes de junio, habían dispuesto visitar a los diputados de aquel departamento para presentarles un pliego de peticiones en pro de las comunidades, pero no sabían que alguien se les había adelantado. Alguien muy conocido dentro del ambiente político. Alguien con suficientes relaciones dentro del gobierno de aquel entonces, se encargaría de ganarles la partida. Y aquellos diputados que habían sido electos por el voto de los humildes campesinos, estaban dispuesto a poner oídos sordos a las peticiones del grupo encabezado por Antonio.

—“Son comunitas y son enemigos del gobierno” les había dicho alguien, y aquello era suficiente. No se movería un solo dedo para satisfacer sus pretensiones. Era peligroso, antes bien debían alertar a toda la honorable Cámara Legislativa, para que ninguno de sus representantes se dejara influir por aquella pandilla de comunistas disfrazados.

Y como es de imaginar, todos los planteamientos que con tanta ilusión habían redactado los jóvenes patriotas, quedaron archivados en el cajón del olvido.

—Antonio—, le decían sus amigos—, el tiempo pasa y ninguno de los diputados parece interesado en nuestro asunto.

—Lo sé y me preocupa, pero no debemos desanimarnos. En esta clase de empresas siempre se tropieza con dificultades. Lo importante es no perder la fé; no echar pié atrás ante el primer obstáculo que se atraviesa en el camino. Iré mañana donde los diputados para saber qué sucede. Pero al día siguiente cuando llegó a visitar a uno de los representantes de su departamento, éste lo

escuchó con gesto adusto. Después le preguntó:

—¿Alfredo Ruiz fue tu padre, muchacho?

—Sí, señor, ¿por qué?

—Me han dicho que no pertenecía al partido que está en el poder.

—No lo sé. Era yo muy chico cuando murió, y mi madre nunca me habló de política. Es una humilde mujer campesina.

Después de un “te veré o te llamaré después”, lo despidió. Antonio había comprendido que andaba la política de por medio; pero no se desanimaría.

—Visitaré al otro. Se dijo, y hacia allá encaminó sus pasos, solo que este último ni siquiera fue digno de recibirlo.

Poco a poco fueron perdiendo la esperanza de lograr algo por aquel medio, entonces decidieron plantear el problema en otra forma.

Para aquella época, Antonio ya era bien conocido no solo en los círculos universitarios, también se le conocía en el ambiente social, y aún en el político. Sus ideas tenían muchos partidarios y entre ellos se encontraban algunos periodistas quienes las apoyaban...

No fue difícil lograr, por su medio, un foro público en el cual intervinieron importantes hombres públicos. Antonio tomó la palabra para dirigirse a los allí reunidos:

—Es urgente fijar la atención sobre esa clase desheredada como es la clase campesina, donde las personas se mueren sin remedio porque no disponen de hospitales, ni de medicinas, ni médicos que las atiendan. Cuando alguien enferma hay que mandar por el médico hasta la cabecera, esto si el enfermo tiene con qué pagar, pero para los que nada tienen que son la mayoría, la situación es todavía más desesperante. A éstos hay que trasladarlos sobre una hamaca o sobre un tapasco de varas sobre los hombros de buenos amigos, hasta el lugar donde se encuentra el médico, si el enfermo no muere en el camino.

¿Es esto justicia señores?

Calló. Su voz se quebraba. Una gran emoción lo embargaba. Después continuó:

—¿Es justicia que la mayoría del niño campesino muera por desnutrición solamente porque nadie se ha tomado el trabajo de orientar al campesino sobre cómo alimentarse mejor?... Es justicia que nuestro campesino siga sumergido en la ignorancia?...

Los aplausos llovían. Aquello era un enorme triunfo. Era el despertar en la conciencia del pueblo. Era el triunfo de sus anhelos. Ya no estarían solos. Los apoyaba todo un pueblo, un pueblo que exigiría hasta lograr ser escuchado.

Pero lo que Antonio y sus amigos ignoraban, era que precisamente aquel triunfo los había perdido. Que aquel triunfo, no era sino la antesala de la muerte de todos sus ideales. Antonio ya no solo era un pobre muchacho con ideas revolucio-

narias. Había sido calificado como un tipo peligroso, no solo para el gobierno, sino para los intereses de particulares. Había que buscar la manera de eliminarlo, de dar al traste con todas las ideas locas de aquel jovencuelo y sus amigos.

Los días pasaban, y el silencio más absoluto era la respuesta a las peticiones de los muchachos, quienes habían comprendido que las puertas de los que tenían la llave del poder, se les habían cerrado. Hasta ellos había llegado un rumor: Se les estaba tomando por revolucionarios, por enemigos del gobierno y lo que era peor, por comunistas.

—¡Eso no es cierto! gritó Antonio indignado. Si reclamar justicia para un pueblo, si defender la causa de los pobres es ser revolucionario, es ser comunista, entonces en Honduras ya no quedan anticomunistas. Pero a pesar de todo seguiremos luchando, presionando. Tenemos de nuestra parte algunos periodistas y ellos pueden hacer mucho.

Además, podríamos llevar a cabo manifestaciones públicas.

Alguien opinó:

—Yo creo que para arreglar las cosas en este país, habrá que ir a las armas, a una revolución armada.

—No —dijo Antonio—, la violencia siempre conduce a más violencia y no seríamos patriotas si lleváramos el país al caos, al desorden. Sería traicionar a la Patria. Lucharemos desde otros ángulos y nunca con el derramamiento inútil de sangre de hondureños.

Los demás callaban. Antonio era su líder y había que hacer lo que él decía porque todas sus ideas eran sensatas.

Aquella mañana del mes de septiembre, mes de la independencia patria, acordaron celebrar una manifestación pública. Portarían cartelones pidiendo justicia social.

Hacia las diez de la mañana, María había salido de compras y a su regreso se veía alarmada.

—Antonio, hijo! decía la mujer angustiada... Hay rumores en la calle.

—¿Qué clase de rumores mamá?

—Malos, hijo. Dicen que los estudiantes regaron unas hojas sueltas para invitar a una manifestación y...

—¿Qué más mamá?

—Dicen que no los van a dejar...

—Nadie podrá impedirlo porque no pretendemos alterar el orden.

—Que sé yo hijo. Yo soy una ignorante que no entiende estas cosas, pero tengo miedo. Temo por tí, hijito. No me gusta nada todo esto.

—No tema mamá. Si a la hora de la manifestación vemos las cosas poco favorables, la aplazaremos para otro día. No permitiré que la gente se exponga. La violencia y el desorden no entran en nuestros planes.

María se tranquilizó un poco, pero en lo más

recóndito de su ser, sentía que una angustia indescriptible le atenazaba el alma. Como si una mano de hielo le oprimiera el corazón.

—¡Proteje a mi hijo, Dios Santo!... rezaba mientras sus dedos se deslizaban silenciosos sobre las cuentas del rosario...

La hora señalada para la manifestación había llegado. Los estudiantes estaban optimistas. No había nada que temer. No se veía ninguna anomalía en las calles, lo cual significaba que llevarían a cabo sus propósitos.

Salieron y llegaron al sitio señalado para pronunciar los discursos. La gente del pueblo se aglomeró a su alrededor para escucharlos.

—¡Justicia social! ¡Justicia social!... gritaban cada vez más los estudiantes confundidos con las voces del pueblo.

De repente, la multitud calló y guardó un silencio casi reverencial. Habían visto subir a la tribuna al líder, al muchacho de los cabellos de oro y de los ojos azul de cielo... Antonio empezó a hablar con fervor, con energía, con voz convincente... Clamaba por los derechos de los pobres. Clamaba por erradicar la ignorancia hasta de los más remotos rincones de su Patria. Clamaba para que se velase por la salud de los desheredados de la fortuna.

Los aplausos llovían. La gente del pueblo gritaba entusiasmada... Continuó hablando, explicando el porque de su lucha, pintando los cuadros más patéticos...

De repente, y cuando con gesto automático levantó la mano para colocar en su sitio aquel mechón rebelde que caía por su frente, sonó un disparo... el hermoso y joven cuerpo de Antonio se desplomó sobre el suelo... La multitud gritó enloquecida. Algunos hulleron atemorizados. Los estudiantes estaban indignados.

¡Hagamos pagar caro al culpable!

Alguien con más serenidad, tomó el micrófono y gritó a manera de ser escuchado:

—¡Calma compañeros!... Aún no lo hemos perdido. Aún está con vida. Todavía podemos escucharlo... ¡Silencio por favor que nuestro querido amigo desea hablarnos!, y acercó el micrófono hasta donde estaba el agonizante joven.

Con gran esfuerzo y con voz entrecortada, Antonio se dirigió a sus amigos:

—Antes de perderme en el abismo de la nada, pronunciaré mis últimas palabras. Hizo un esfuerzo para subir la voz y continuó:

—¡Bendita sea la tierra donde nací, maravillosa tierra que florecería en todas sus dimensiones si no fuera por el poco caso que hasta ahora han hecho de ella aquellos a quienes la hemos confiado!... Si no fuera por los políticos que nada hacen ni dejan hacer, de esta tierra brotarían arroyos de abundancia. Si no fuera por ellos que una vez en el poder se creen poderosos y se olvidan de los humildes hijos de Honduras, que somos

la mayoría, las profundidades de esta tierra se abrirían y brotarían a la superficie, bandejas de oro y plata repletas de deliciosos manjares y vinos, como en los cuentos de Las Mil y Una Noches, para que todos los hondureños sin distinción de colores políticos, razas, religiones, ni clases sociales, pudieran disfrutarlas a su antojo... pero mientras no se piense como verdadero hondureño, nada se logrará para este amado suelo mío. Luego esta lucha por defenderla, esta lucha por el bienestar de los que viven olvidados en los más remotos rincones de mi Honduras querida; la lego, a los que en una u otra forma esgrimen esa arma poderosa que es la pluma, a ellos, pero a los honestos, a ellos lego esta difícil tarea, ya que la palabra escrita es sabia y persuasiva". Sus últimas palabras fueron un murmullo.

Su madre llegó a tiempo de escucharlas. Amorosamente se arrodilló a su lado, y conteniendo el inmenso dolor que la embargaba, cerró con sus dedos los ojos ya sin vida del hijo amado... Una ráfaga de aire frío movió el mechón dorado que caía por la frente del joven. María iba a colocarlo en su lugar, pero uno de los íntimos amigos de Antonio se apresuró a suplicarle:

— Por favor señora. Déjelo allí. Fue su gesto de rebeldía contra todo lo que consideró injusto.

Al extinguirse su último suspiro, lo lloraron las campanas de las iglesias de Tegucigalpa, lloró el cerro del Picacho, y el de Juana Laínez... Y allá lejos en su tierra natal, lloraron los altivos pinares de los extensos bosques olanchanos. Lloraron las cristalinas aguas de los ríos de las arenas de oro. Lloraron las hadas que vagan por las extensas pampas olanchanas, y lo lloraron aquellas humildes gentes que habían puesto su esperanza de redención en aquel joven de los ojos azules, con quien se había extinguido un sueño muy hermoso...

Acaso también aquel muchacho fue solamente un sueño, que duró tan sólo las horas de una larga noche de tinieblas... Pero aquel sueño jamás sería olvidado...

Al llegar a esta parte de la terrible pesadilla, Alfredo despertó sobresaltado.

Fue directo hacia el pequeño espejo de su cuarto, y se quedó mirando su propia imagen, la de un muchacho de ojos profundamente azules.

—Fue solo un sueño! —se dijo—... Un sueño que nunca olvidaré porque encierra ese sueño de grandeza para mi Patria con los que desde pequeño he soñado, porque encierra grandes verdades: la enorme belleza de los parajes hondureños, el atraso en que se hallan sumidos algunos de nuestros departamentos, y la cruda realidad de las clases humildes de nuestro país... Fue un sueño que me dejó el recuerdo de esas últimas palabras que debo recoger, para que no caigan en el terrible e ignoto abismo de los sueños irrealizables.

Ciudadano:

La Reforma Agraria de Honduras, evolutiva por sistema y democrática por los fines que persigue, está destinada a rescatar a nuestro campesino de la miseria socio-económica en que se desenvuelve, sin menoscabo de los derechos de la propiedad privada.

Y RECUERDE: LA REFORMA AGRARIA HONDUREÑA SOLO ES PARA LOS HONDUREÑOS

INSTITUTO NACIONAL AGRARIO

DROGUERIA CENTRAL ASOCIADA

DISTRIBUIDORES DE ESPECIALIDADES
FARMACEUTICAS

Apartado N° 29
Teléfono 52-00-57

San Pedro Sula.—Honduras, C. A.

HYPONEX ALIMENTO PARA PLANTAS

Hece que las Plantas Crezcan Más Rápidamente y Más Bellas en Tierra, Arena o Agua . . .

Simplemente disuélvalo y riegue todas las macetas de su casa, las legumbres y flores de su jardín. Da inmediato alimento a cada parte de la planta desarrollando sus raíces, tallo, follaje y frutos. Las legumbres crecen más abundantemente y a mayor tamaño. Usado ampliamente por horticultores profesionales e invernaderos, y en almácigos, etc., para alimentación general de plantas.

LIMPIO, SIN OLOR, INNOCUO. . . .

HYPONEX tiene una alta concentración—1 onza produce 6 galones de fertilizante líquido. Es limpio y carece de olor. No quema el follaje ni las raíces de la planta más delicada. Úselo bajo techo o al aire libre para obtener rápidamente más plantas vigorosas y flores, legumbres y frutas más grandes.



OVIEDO & RUSH

Frente al portón del Telégrafo.

Apartado 59 - Tegucigalpa, Tel. 2-2748

DIVULGACIONES DEL INSTITUTO HONDUREÑO DE SEGURIDAD SOCIAL

Clínica periférica de Comayagüela; moderno edificio en el cual, desde el primero de mayo de 1969, comenzaron a funcionar servicios de consulta externa para los asegurados y beneficiarios que tienen su residencia en dicha ciudad.

INFORMACIONES ESTADISTICAS

Consultas Médicas atendidas	1.183.386
Consultas Dentales atendidas	115.345
Visitas Médicas a Domicilio	12.630
Consultas en el Servicio de Emergencia	192.214
Intervenciones Quirúrgicas	11.445
Partos atendidos	15.151
Recetas despachadas	3.548.323
Inyecciones aplicadas	1.017.765
Exámenes de Laboratorio	645.446
Radiografías tomadas	181.752

Las informaciones anteriores demuestran con elocuencia la gran proyección social desarrollada por el Instituto Hondureño de Seguridad Social desde que comenzó a operar el primero de marzo de 1962, en beneficio de los trabajadores asegurados y sus familias.

BANANO CABANA, famoso en el mundo entero!

CABANA es el nombre bajo el cual la STANDARD FRUIT Co. vende el banano hondureño en los mercados del mundo.

Los setenta años de experiencia de la STANDARD en el cultivo, exportación y venta del banano han hecho famosa la marca CABANA. Y a Honduras también.



STANDARD FRUIT COMPANY

COMPRANDO BONOS DEL ESTADO DEL 6%
Y 7%, ADEMAS DE OBTENER GANANCIA
EN EFECTIVO, ADQUIERE LA SATISFAC-
CION DE AYUDAR A SOLUCIONAR LOS
PROBLEMAS DE NUESTRA ECONOMIA NA-
CIONAL, QUE CORRESPONDE A TODOS
LOS HONDUREÑOS.

Infórmese en el
BANCO CENTRAL DE HONDURAS
TELEFONO 2-22-71-79

PANADERIA

La Italiana

DE SABAS BENDECK

Que desde 1929 viene brindándole al público lo mejor en Panificación.

TELEFONOS:

Plantel Panificador 2-0209

Depósito N° 2..... 2-3569

Depósito N° 3 2-5485

Tegucigalpa, D. C.,
Honduras, C. A.

"EL PERFECTO CABALLERO"

SASTRERIA DE

JOAQUIN GONZALEZ

LE OFRECE A USTED LA MODA DEL AÑO

Avenida Salvador Mendieta

Tegucigalpa, Honduras, C. A.

FARMACIA

"CRUZ ROJA"

Dr. ROBERTO GOMEZ ROBELO

Avenida Lempira N° 735

Tegucigalpa, D. C.

HORACIO MOYA POSAS

ABOGADO Y NOTARIO

ASUNTOS:

Civiles y Administrativos.
Cartulación.

Edificio Barjum

4º Piso, N° 301 Tel. 2-3091

Trinidad Cabañas

Soldado de la República
Federal

Por Medardo Mejia

Venta en las librerías de la
ciudad.

LUIS MARTINEZ FIGUEROA

INGENIERO CIVIL

DIRECCION:

Barrio "La Cabaña" N° 804

TELEFONO: 2-4548.

Tegucigalpa, D. C., Honduras, C. A.